

FOMENTO  
LECTOR

# EL FÚTBOL TAMBIÉN SE LEE

## Cuentos y anécdotas para la hinchada



Consejo  
Nacional de  
la Cultura y  
las Artes

Gobierno de Chile

Publicaciones  
**Cultura**



**EL  
FÚTBOL  
TAMBIÉN SE  
LEE**



# EL FÚTBOL TAMBIÉN SE LEE

Cuentos y anécdotas  
para la hinchada

FOMENTO  
LECTOR



Publicaciones  
**Cultura**



## EL FÚTBOL TAMBIÉN SE LEE

Publicación a cargo de **Soledad Camponovo Llanos** (CNCA)  
Edición y producción editorial: **Miguel Ángel Viejo Viejo** (CNCA)  
Dirección de arte y diseño de portada: **Soledad Poirot Oliva** (CNCA)  
Corrección de textos: **Gerardo Valle González** (CNCA)  
Diseño y diagramación: **Alexei Alikin**

© Consejo Nacional de la Cultura y las Artes  
Registro de Propiedad Intelectual n° 236.592  
ISBN (papel): 978-956-352-057-6  
ISBN (pdf): 978-956-352-058-3  
[www.cultura.gob.cl](http://www.cultura.gob.cl)

Distribución gratuita. Prohibida su venta.  
Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente.

En este libro se utilizó para el cuerpo de texto principal la tipografía *Australis*, creada por el diseñador chileno Francisco Gálvez, fuente ganadora del Gold Prize en los Morisawa Awards 2002 de Tokio.

1ª edición, diciembre de 2013

Se imprimieron 3.000 ejemplares

Impreso en Andros Impresores  
Santiago, Chile

# Índice

Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	13
● GANADORES	
<b>Concentración</b>	17
Marco Montenegro Muñoz	
<b>Gracias, loco</b>	21
Jorge Alejandro Bolbarán Celedón	
<b>Especialista en contención</b>	27
Óscar Llantén Castillo	
● MENCIONES HONROSAS	
<b>Zapatos con sangre</b>	35
Esteban Abarzúa	
<b>El hombre de negro</b>	41
Hernán Felipe Godoy Rojas	
<b>Fútbol en la cárcel</b>	45
Eduardo Mancilla	
<b>¿Quién lo diría?</b>	51
Raúl Molina Rivera	
<b>El grito sagrado</b>	59
Francisco Olgún Orellana	

<b>El Dinamo de Kiev y el gol invisible</b>	63
Carlos Humberto Rozas Pérez	
<b>Tarde de fútbol</b>	71
Gonzalo Serrano del Pozo	
<b>El cambio eterno</b>	73
Fernando Torres Gutiérrez	
<b>El Negro Irala</b>	77
José Luis Villegas Agüero	
<b>Prisa</b>	85
Sergio Zúñiga	
<b>Pitazo final</b>	87
Hernán Zúñiga	
● <b>RELATOS DE ESCRITORES CHILENOS</b>	
<b>Mi noche triste</b>	93
Fernando Emmerich	
<b>La pena máxima</b>	99
Luis López-Aliaga	
<b>Los tres palos</b>	101
Reinaldo Edmundo Marchant	
<b>El Mundial del 62</b>	109
Sergio Mardones Labra	
<b>El hombre es un golazo de Dios</b>	115
Erick Pohlhammer	
<b>Los gigantes de Talca</b>	123
Luis Urrutia O’Nell (Chomsky)	
<b>Autores</b>	129



# Presentación

Un partido de fútbol durante el terremoto de 1960 en el que nadie escuchó el pitazo final, los recuerdos infantiles de cientos de jugadas y jugadores grabados a fuego en la memoria de un adulto, un ardiente campeonato de la segunda serie del fútbol isleño en Chiloé, el decisivo partido en el Estadio Nacional entre Chile y Argentina para las clasificatorias al Mundial de Sudáfrica 2010, un antiguo ídolo de Santiago Morning olvidado en la ciudad de Constitución. Estos son algunos de los temas de los 20 cuentos y crónicas que recorren el país desentrañando sus diversas historias desde diferentes rincones y perspectivas, siempre con el fútbol como tema central.

Esta publicación reúne los textos ganadores y las menciones honrosas del primer concurso de cuentos y anécdotas para la hinchada, El Fútbol También Se Lee, organizado el año 2013 por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, a través del Plan Nacional de Fomento de la Lectura Lee Chile Lee. La convocatoria fue sorprendente: más de 600

participantes, de las 15 regiones del país, de edades y oficios muy diversos.

Además, el libro incluye seis cuentos de los jurados del certamen: Fernando Emmerich, Luis López-Aliaga, Sergio Mardones, Erick Pohlhammer, Luis Urrutia O’Neill (Chomsky) y Reinaldo Marchant, quienes, junto a Leonardo Véliz, fueron fundamentales para llevar a cabo esta iniciativa.

La mayoría de las personas que mandaron sus historias nunca antes habían participado en un concurso literario. Este hecho nos indica que a través de instancias que nos mueven, identifican, convocan o entretienen podemos acercar la lectura y la escritura a nuestra vida cotidiana, objetivo central detrás del Plan Nacional de Fomento de la Lectura Lee Chile Lee, que desde el año 2010 hemos desarrollado en coordinación con el Ministerio de Educación y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. A través de estas páginas invitamos a seguir desarrollando una pasión por la lectura a través del gran talento literario latente en nuestro país en torno a la memoria futbolística de Chile.

ROBERTO AMPUERO

Ministro Presidente  
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

# Prólogo

Cerca de 700 creaciones enviaron los hinchas chilenos al concurso El Fútbol También Se Lee, que invitaba a personas de todo el país a escribir cuentos y crónicas con el balompié como tema central. Se subieron estas historias a internet y la gente participó masivamente, votando por sus cuentos favoritos. Para la convocatoria se publicaron seis relatos de connotados escritores chilenos y se entregaron gratuitamente 30.000 ejemplares en todo el territorio nacional, para incentivar a la lectura y escritura. Ahora se edita un volumen con los 14 textos seleccionados —tres premios y 11 menciones honrosas— juntos a los seis relatos ya mencionados.

A simple vista, se trata un proyecto exitoso, que no solo generó expectativas sino que tuvo resultados positivos mejores de lo esperado. Y eso hay que celebrarlo con una buena y vistosa jugada, pero una jugada editorial esta vez. Este éxito demuestra que el fútbol es un fenómeno que, además de pasiones, mueve recuerdos, anécdotas, historias, una buena porción de vida.

*El fútbol también se lee*, al igual que un partido disputado con el corazón, reúne en perfecta simbiosis al chispeante delantero con el escritor. El escritor y el jugador que ayer gritaban en los estadios por la camiseta de sus amores, y que en esta ocasión plasman sus ideales en alguna historia que siempre quisieron expresar por escrito.

Aquí están contenidas las nostalgias de partidos, clubes, hechos, figuras míticas, el desahogo de un gol jamás cantado, historias reales o inventadas, espectadores, jugadas al límite de la amonestación, ocurrencias divertidas, imágenes bellísimas que recorren los estadios a la manera de fantasmas de carne y hueso.

12 Los relatos de este libro manifiestan el vínculo inequívoco entre el fútbol y la cultura, un puente entre la cancha y la literatura. En el fondo, el fútbol puede ser un gran canal para estimular la lectura, el imaginario creativo y la educación.

No queda más que pitar el silbato, abrir el libro, que entren los cracks al campo de juego, elegir un cuento, y que empiece a rodar el balón, la lectura.

LEONARDO VÉLIZ

Entrenador de fútbol  
Federación de Fútbol de Chile

# Introducción

La relación entre fútbol y literatura es estrecha. Autores como Albert Camus o Vladimir Nabokov no solo escribieron sobre este deporte, también tuvieron un glorioso pasado como arqueros. Otros escritores como Umberto Eco o Nick Hornby han abordado el fútbol para retratar, más allá de las tácticas y jugadas, lo que ocurre a su alrededor: la pasión de la hinchada o el impacto de los jugadores-celebridades en el mundo contemporáneo.

En América Latina el balompié toma una importancia particular. Es por lejos uno de los fenómenos culturales más distintivos, reconocidos y enraizados de la región. El fútbol se alza como ese lugar donde las mayorías comparten un espacio común. De esto han hablado escritores como Juan Villoro, Roberto Fontanarrosa, Carlos Monsiváis o Eduardo Sacheri, entre otros.

En el concurso de cuentos y anécdotas *El Fútbol También Se Lee*, chilenos de diferentes latitudes —Valdivia, Rancagua, Copiapó o San Miguel— y de oficios muy diversos —un carabinero, un profesor o

un marino mercante— describieron lo que rodea al fútbol, mucho más allá de lo meramente deportivo. La mayoría de los relatos que recoge este libro, en forma de crónica o de ficción, narra los recuerdos que evoca el balompié, a través del equipo querido, un ídolo inmortal, los amigos del barrio o un mundial imborrable. El escritor español Javier Marías dice que, en definitiva, el fútbol es “la recuperación semanal de la infancia”.

La idea detrás de esta convocatoria fue mostrar que la lectura y la escritura son parte de nuestra cotidianidad y que, por lo tanto, se relacionan con múltiples aspectos de la vida y los espacios en los que nos desenvolvemos diariamente, como el fútbol o las celebraciones.

Albert Camus, Premio Nobel de Literatura y arquero en Argelia, dijo: “después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol”.

SOLEDAD CAMONOVO LLANOS

Coordinadora programática

Plan Nacional de Fomento de la Lectura

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

**GANADORES**





# Concentración

Marco Montenegro Muñoz

(1<sup>er</sup> lugar)

Lo leí en alguna parte, no sé si en el colegio o en alguno de los libros que don Ángel me prestaba cada semana desde que descubrió que yo era más que una pelota que rebotaba implacable contra las paredes de nuestro edificio y le impedía hacer su siesta. De cualquier modo, se hablaba allí de un deporte ritual que practicaban los sacerdotes mayas, el cual los obligaba a concentrarse infinitamente en la pelota, ya que de la permanencia de esta en el aire dependía el que, a su vez, el Sol se mantuviera en órbita.

Si ellos podían ¿por qué no podría yo usar mi habilidad con el balón para influir sobre el orden de las cosas, ese orden que se había puesto de cabeza de un día para otro, sin previo aviso, sin la más mínima consideración por la alegría y la tranquilidad de cuatro niños que no lograban entender una palabra de lo que los médicos le habían explicado a su padre para que este, a su vez, se los transmitiera?

No le dije nada a nadie. Tomé simplemente la pelota, que llevaba siempre conmigo, y me fui a uno de los patios interiores de la clínica. Empecé a

dominarla, alternando metódicamente ambos pies, los muslos, los hombros, la cabeza.

Vinieron primero las enfermeras, luego los guardias y un par de doctores. Vino mi padre, por supuesto, y también mis dos hermanos. Mi hermana no supo cómo llegar, pero entendió de algún modo que no valía la pena asomarse. Lo intentaron por todos los medios pero nadie fue capaz de detenerme.

Pasó casi un día entero en que lo único que supe fue que no podía dejar caer ese balón porque el Sol que me había alumbrado corría el riesgo de extinguirse si yo desfallecía. Varios enfermos se colgaron de las ventanas y comenzaron a alentarme, suavemente al principio, tal vez por respeto al lugar al que, sin embargo, no habían elegido venir, y luego cada vez con mayor vehemencia al percibir que algo extraño y peculiar había en el empecinamiento que yo ponía en no dejarme convencer ni amedrentar.

Me dolía cada músculo del cuerpo, la vista se me nublaba, tenía la boca seca y pegajosa. Los ojos me ardían de tanto fijarlos en el resplandor que despedía esa pelota que no paraba de subir y bajar incansablemente bajo la penetrante luz artificial que la noche imponía, manteniendo viva mi esperanza e inalterable lo que quedaba de mi infancia.

Solo mi madre consiguió, al pararse frente a mí (pálida, casi transparente, invisible para el resto),

frenar mi ímpetu y hacer que depositara mansamente el balón en sus manos, consolándome con su acostumbrada ternura, mientras me derrumbaba en medio de los despojos del mundo que hasta ese instante había conocido.



# Gracias, loco

Jorge Alejandro Bolbarán Celedón

(2<sup>do</sup> lugar)

Nunca sabíamos si vendría a jugar hasta que lo veíamos aparecer en la puerta de la cancha con una empanada en la mano, esperando que alguien del club fuera a pagar su entrada. Claro, desde que en la asociación se creó la regla de “todos pagan, incluso los jugadores” había que estar atento por si llegaba, para pagar los doscientos pesos. Algunos dirigentes más vivos le pasaban la plata al portero y le decían: “Para cuando llegue el loco”.

Para nosotros, que teníamos 10 años, era el mejor jugador que habíamos visto en nuestras vidas. Quizás no el mejor, pero sí el más entretenido. A esa edad no sabíamos nada de disciplina deportiva ni de horarios, por eso que él llegara apenas cinco minutos antes de los partidos nos daba lo mismo, con tal de que llegara. Si el partido era a las 12 del día era fijo que escuchábamos su frase “Me acosté a las 6 de la mañana”. Si el partido era a las 10 de la mañana, mientras terminaba de comerse su empanada de desayuno decía “Ando amanecido”.

Como era su costumbre, no traía zapatos de fútbol. Para qué, si en el club alguien se encargaría de prestarle, o conseguirle; por último algún juvenil se sacrificaba y jugaba con zapatillas. Mientras se ponía la número 7 nosotros lo mirábamos. Era mucho más flaco que los jugadores que veíamos en la tele. Nunca lo vimos ponerse canilleras, y se sentaba en el camarín esperando que llegaran sus zapatos de turno. Si le traían unos muy grandes se ponía otro par de medias y a la cancha.

Nada de calentamiento previo, ni de elongaciones, ni de ejercicios, ni mucho menos alguna instrucción del “profe”. El loco jugaba de 7, sabía dónde tenía que pararse y sabía lo que tenía que hacer, pasarlo bien, porque a eso venía. Él no sabía con quién jugaban, ni cómo iba el club en la tabla de posiciones, él quería que le tiraran la pelota y nosotros queríamos lo mismo, que le pasaran la pelota para ver qué se le ocurría. Si el marcador de punta era malo, el loco hacía las cosas simples, se lo pasaba por la orilla, desbordaba y dejaba solo al 9. Siempre parecía que se la iban a quitar, siempre parecía que se iba a caer, pero se las arreglaba. Enganchaba, aceleraba, frenaba, volvía a enganchar. No tenía mucha fuerza para patear al arco. Quizás por eso nunca pateaba y prefería encarar y tocar al medio para que otro convirtiera.

Cuando los rivales se preocupaban y ponían un marcador bueno, apoyado por algún central fuerte para ayudar a marcarlo (entiéndase por central fuerte algún grandote con cara de asesino y con ganas de matar al loco a patadas), podíamos disfrutar al loco en toda su magnitud. Le encantaba que trataran de pegarle patadas porque nunca lo alcanzaban. Varias veces pasaba por entre sus dos marcadores con la pelota dominada, o más bien dominada a su estilo, porque él no la llevaba pegadita al pie como los talentosos: él la llevaba de acuerdo a las circunstancias. Más larga. Más corta. Con zurda. Con derecha. Más rápido. Frenando. Devolviéndose. Pero siempre tratando de entrar, siempre encarando, y cuando le pegaban, porque en ese tiempo sí que se pegaban patadas (no como ahora que con el *fair play* y el cuarto árbitro no se puede ni siquiera trancar como en esos tiempos) nunca lo vimos reclamar. Se paraba, se sacudía la camiseta para sacarse la tierra y miraba a su agresor. Su mejor venganza venía en la jugada siguiente y consistía en dejar en ridículo al marcador. Casi siempre la hacía frente a la barra nuestra. El loco llevaba la pelota por la orilla, encaraba y con la facilidad de siempre se lo pasaba. Miraba hacia atrás y le hacía el gesto como diciéndole “Sígueme”; y cuando el marcador se acercaba el loco volvía a acelerar y lo dejaba botado, mientras las burlas no se hacían esperar.

Yo no sé cuántos goles habrá hecho el loco, pero no fueron muchos. Lo suyo era el desborde, el centro y volver caminando a la mitad de la cancha. Pero varias veces hizo la diagonal y se pasó al arquero. Algo que parece tan difícil él lo hacía sin pensar. Porque esa era su mayor virtud en el fútbol: no pensar, simplemente jugar. Cuando terminaba el partido, su primer ritual era fumarse un cigarro, un cigarro que por cierto alguien debía regalarle porque él no tenía. En medio del camarín, mientras todos disfrutaban del sabor del triunfo obtenido o masticaban la derrota, él fumaba su cigarro y parecía no estar ahí. Y luego, lo de siempre. Nunca entendí cómo podía meterse a la ducha, y sin secarse ponerse toda su ropa, porque ya sabíamos que él no llevaba toalla, en realidad no llevaba nada, solo él, su empanada y su sonrisa.

Hasta que un día no llegó. Con mis amigos siempre atentos a la puerta, pero no llegó. Quizás se acostó a las seis de la mañana y no lo despertaron, así decían algunos. O quizás se le pasó la mano anoche, exclamó algún mal pensado. El loco no era de llegar cuando el partido ya había empezado, lo suyo era cinco minutos antes o simplemente no llegaba. Ese día no llegó y un dirigente trajo la noticia, la más triste que habíamos escuchado. No podía ponerme a llorar porque en el barrio los viejos siempre nos dijeron que los hombres no lloran, pero adivinaba



en la mirada de mis amigos que sentían lo mismo que yo.

—El loco se fue a trabajar embarcado, le salió la movida y se embarcó pa'l extranjero, así que no va a venir más a jugar.

Y nunca más apareció. Pasaron los partidos y nunca más lo vimos llegar con su empanada en la mano. Yo, por tener en ese tiempo 10 años nunca hablé con él. Nunca pude decirle que para mí era el mejor jugador del mundo, que yo soñaba poder dominar la pelota como él, que me fijaba en cómo se ponía las medias, en cómo caminaba, en cómo disfrutaba del juego.

Cómo me gustaría verlo hoy en día. Quizás cuantos años tendrá. Dicen que en uno de sus viajes se quedó en el extranjero, pero nadie sabe en realidad, y yo no podré decirle que tuve que ir a escuelas de fútbol para aprender a jugar, que logré lo que él nunca pudo, o no quiso: ser jugador profesional. Pero cómo poder explicarle que para jugar más o menos y dar un pase medianamente decente necesito acostarme antes de las diez de la noche, y que para poder “rendir” necesito tomar un buen desayuno y que si se me ocurriera comerme una empanada antes de un partido no podría correr y lo más probable es que haría el ridículo.

El loco nunca entendería que necesito estar una hora y media antes de los partidos en el camarín y

que el entrenador me tiene que dar las instrucciones claras para saber bien que tengo que hacer. Al loco no podría explicarle que el fútbol es mi trabajo y que si hay algo que me gustaría saber es cómo lo hacía él para pasarlo bien jugando, para disfrutar del juego. Sea donde sea que esté me gustaría simplemente decirle “Gracias, loco”.

# Especialista en contención

Óscar Llantén Castillo

(3<sup>er</sup> lugar)

En aquella efervescente jornada, nuestro DT nos entregaba las instrucciones sobre la posición que ocuparíamos dentro del Estadio Nacional. Como en cada partido de esa trascendencia, cada uno conocía de memoria su función específica dentro del campo de juego. Cuándo entrar, cuándo salir. Cómo defender, cómo mantener la calma. De qué manera asumir la delantera, el protagonismo. Aun así, y pese a la experiencia en esta clase de encuentros, todos escuchábamos atentamente las recomendaciones tácticas. Mirando al frente. Observándolo. Y él estaba ahí. De pie. Vociferando las indicaciones. Moviendo los brazos. Aleteando. Hablando con su voz ronca. Seca. Dura. Frunciendo el ceño. Arrugando la cara. Dejando sus mejillas rojas. No era menor: en un par de horas más comenzaría el duelo entre Chile y Argentina, por las clasificatorias, rumbo al Mundial de Sudáfrica. Y él insistía en dejarlo todo mientras se extendiera el partido. En no improvisar. Actuando con personalidad. Carácter. Sobreseguro. Y no se detenía en pequeñeces. Se explayaba una

y otra vez, y cuantas veces estimó necesario, para destacar la fortaleza del trabajo en equipo. Enfatizó los entrenamientos de la semana. Hizo hincapié en la estrategia. En conocer al rival. En saber controlar los impulsos. Que la razón y la prudencia se impusieran. Si había que correr, todos corríamos. Si había que replegarse, todos por igual. Al más puro estilo bielsista, como la Naranja Mecánica... Algo así como fútbol total.

Como de costumbre, estábamos concentrados. Atentos. Sabíamos que la gente, entusiasta del buen fútbol, iría a divertirse. A disfrutar de las jugadas. A alentar a la selección chilena. Soñando con el triunfo esquivo. Ver gozar a la Roja en una tarde espléndida. ¿Histórica?

Qué ganas teníamos de que todo fuera de esa manera. Que marchara de maravilla. Que ganáramos.

El tiempo transcurrió con inusitada velocidad. Desde esa charla técnica hasta que comenzamos a equiparnos fue como un verdadero relámpago. Fugaz. Que las canilleras. Que los calcetines. Que los zapatos. Protecciones por aquí y por allá. Por si acaso. Y siempre con la camiseta puesta. Bien puesta.

Luego hubo un suave trote para calentar los músculos. Breve. Nadie quería lesionarse. Un par de minutos más y, al ingresar al campo de juego, sentimos la efusiva recepción de la hinchada. Avasalladora. Impresionante. Elocuente. Todo el mundo gritaba con

energía. Alzaba los brazos. Otros aplaudían. El ambiente se tornó extasiado. Caótico. Era como escuchar un estruendo. Un rugido ensordecedor.

En ese agitado contexto, tomamos ubicación en el estadio. Cada uno en su zona delimitada. Moviendo las piernas, para entrar más en calor. A poco andar, los papeles picados, globos de colores y las banderas chilenas flameando al viento construían un entorno mágico. De ensueño. Con el que habitualmente se recibía al “equipo de todos”.

Qué forma tan desbordante de concebir alegría. Felicidad. Emoción. Y tanta gente brindando apoyo. Irrestringido. Solemne. Categórico.

En ese festivo entorno me encontraba. Una vez más. Mirando a los hinchas de frente. Viendo cómo sufrían. Cómo se agarraban la cabeza. Cómo criticaban al árbitro. Algunos masticando chicle en cantidades industriales. Otros recordando la familia (y el árbol genealógico) del elenco visitante. Tomando sorbos de café. Fumando un cigarrillo. Comiendo un inestable sánquiche de palta. Pidiendo, insistentemente, un cambio de jugador a Bielsa. Al profesor.

En eso estaba, mientras escuché a lo lejos un angustioso relato deportivo. Se narraba con aires épicos una jugada de contragolpe. Rápida. Concertada. Hilvanada. Hasta que el periodista coreó segundos antes el gol. El único de la jornada. Y fue impactante. Disfruté observando cómo el público se

rompía la garganta gritando. Miles de abrazos. Llantos. Alegría. Todos eran uno. El rojo asomaba por los diferentes sectores del estadio. La emoción era incontenible. Contagiosa. Desbordante.

Era gol de Chile.

Yo sostenía mi escudo en la pista de recortán. Silencioso. De espaldas a la cancha. Frente al público.

Ahí estábamos con mi sección ubicada en el sector sur del Estadio Nacional. Parados ante una bulliciosa barra. Junto a mis colegas de trabajo. Todos carabineros. En este caso, en una formación de línea preventiva del personal de Fuerzas Especiales. Con todos los implementos de seguridad: casco, hombreras, chaleco antibalas y protecciones varias. Me encontraba enhiesto, erguido. Con mi característico atuendo miraba a los hinchas de manera directa. Eso sí, sin poder gritar. Sin poder ver hacia atrás, donde estaba el foco de la acción. De la jugada. De la emoción. Donde la pelota aún daba vueltas en la malla argentina. Donde el goleador chileno todavía alzaba los brazos en señal de éxito. Triunfo. Donde los argentinos se miraban la cara buscando responsabilidades.

A esa altura mi corazón latía a setenta mil pulsaciones por minuto. Tenía mi emoción contenida. Detenida. Encerrada. Agolpada en mi cuerpo. A punto de escapar.

No cabía tanta felicidad en mi pecho. Pensé que explotaría de júbilo.

Y en ese preciso instante, nuestro líder, nuestro entrenador, el jefe de la Sección nº 12 de la Prefectura de Fuerzas Especiales, mi teniente Rodríguez, impartía las órdenes con rigurosidad. Con su voz seca. Dura. Vehemente. Aleteando los brazos. “¡Los quiero ver... Los quiero ver bien concentrados... Atentos! ¡Ya practicamos cómo realizar nuestro servicio durante toda la semana! Somos profesionales. Somos los mejores. Mantengan la calma y actúen con prudencia. ¡Porque cuando la gente celebra, nosotros debemos estar más concentrados que nunca! ¿Quedó claro?”

De pronto, volví en mí.





# **MENCIONES HONROSAS**



# Zapatos con sangre

Esteban Abarzúa

Cuando me cuesta quedarme dormido por las noches en vez de ovejas me pongo a contar maradonas revolcándose en la pista de ceniza tras el respectivo guadañazo de Chuflinga Herrera. Una seguidilla de caídas maradonianas que me gusta imaginar con el piano de *Goodfellas* cuando empiezan a aparecer como fiambre los cómplices de Jimmy Conway en el asalto a Lufthansa. Sobre todo la escena en que se abren las puertas de un camión frigorífico. Scorsese le sube el volumen al piano y aparece Frankie Carbone tan congelado que debieron esperar dos días para poder hacerle la autopsia. Dicen que conciliar el sueño es más fácil si uno sintoniza imágenes placenteras en su cabeza. Yo creo que no hay por dónde perderse entre los tiernos estoperoles de Herrera y esos demonios que berrean.

Las cosas que le pasan a uno, ¿le pasan para toda la vida? ¿O hay un momento en que se quedan en la banca, se esconden en algún callejón oscuro de la memoria? ¿O sencillamente se esfuman sin dejarte una mísera explicación de su huida? Lo pongo

de otra manera: no me acuerdo de mi compañero de banco en tercero básico, pero sí tengo muy claro que ese año Leonel Herrera volvió a Colo Colo desde Unión Española para jugar junto a Atilio Herrera, el Tigre Herrera, y que en los últimos nueve partidos del campeonato nos hicieron un solo gol y salimos campeones. En la dupla Herrera-Herrera, los centrales de Colo Colo en el título de 1979, llegué a depositar casi todas las certezas que pueden caber en la cabeza de un niño de 8 años, que no son muchas pero son para siempre. A esa edad ya sabía dos cosas: que tenía cerca a mis padres y que quien quisiera jugar atrás en mi equipo tenía que ser poco menos que un dios.

36 A los 8 años yo era hincha de Colo Colo y pude tener de ídolos a Caszely o a Vasconcelos, pero Leonel Herrera me eligió a mí porque él era de Colo Colo y jugaba de 5. Mi viejo era el 5 en nuestro club de barrio y pegaba menos, pero siempre entendí que daba más de lo que podía. A los 2 años, eso sí, también me ocurrieron cosas importantes: aprendí a caminar (por culpa de las maledicencias alcanzaron a llevarme al doctor para que le dijera a mi mamá si yo tenía algún tipo de retraso) y aprendí a ver los partidos al borde del campo por mis propios medios. Es la edad en que un niño futbolista deja de tomar la pelota con las manos y, aunque a esa altura el mundo todavía es un bosque de piernas, uno ya está en condiciones de descubrir qué es

lo que hacen los grandes cuando juegan a pasarse la pelota. Yo descubrí cómo se movían los de atrás para defender lo suyo. Cuatro jugadores que tienen que estar de acuerdo hasta en la manera de mirar a los ojos a los rivales, tuya o déjala, vas o te quedas, cuándo, cómo y dónde hay que pegar, aunque en el fútbol la frase correcta es “a quién hay que pegarle”, si toca empujar al equipo hacia el campo contrario o si hay que meterse atrás, quién aprieta al árbitro, qué haces cuando te elude el 9 (bajarlo o, al menos, dejarlo medio turulato para que lo afeite el que llega desde atrás) o si te lleva el 11 (ponerle un caballazo para que se aplaste la cara contra el alambrado o irte volando hacia el medio para cubrir al compañero que salió a cubrirte). Así hasta el fin de los tiempos. Los laterales son como los perritos falderos: se mueven por todas partes y te hacen caso en todo, pero en cualquier momento se mandan una cagada. Los centrales saben que también deben marcarlos a ellos. El 3 le cubre la espalda al resto y el 5 le cubre la espalda al 3. Todas las confianzas de un equipo están resumidas en estos mecanismos que convierten al fútbol en ese “reino de la lealtad humana ejercida al aire libre”, la definición de Gramsci que los de atrás llevamos escrita en la frente.

A los 8 años yo ya creía en Dios, el Chavo del Ocho, Luke Skywalker y el 5 de Colo Colo. Una perfecta línea de cuatro, con Dios jugando un

poquito más retrasado y Chuflinga, como siempre, saliendo a partir por la mitad a los que quisieran atravesar nuestro Mar Rojo sin salvoconducto.

Leonel Herrera debutó con la camiseta blanca en junio del 67, por las semifinales de la Copa Libertadores. Tenía 18 años y empataron 1-1 con River en Buenos Aires. Desde ese día y hasta que se retiró en O'Higgins, a los 39, hizo de la palabra respeto un ideal con horas extraordinarias. Lo habitual era verlo pegadito al centrodelantero enemigo. Herrera inventó los requisitos para ganarse la vida como central en Colo Colo: saber jugar en la mitad de la cancha, tener buenos tobillos para perseguir a una presa que nunca huye en línea recta y ser lo suficientemente cínico para hacer perro muerto en la ley del último recurso. Además tenía un don para ganar la pelota más difícil de cabecear, el saque largo y alto del arquero contrario, aguantaba con el pecho, los hombros y por supuesto los brazos la carga de los delanteros, y era tan seguro de sí mismo que hasta empezó a tirar los penales. En los clásicos, el Chico Hoffens llegaba a volar en cada choque, el Flaco Spedaletti derechamente se le arrancaba y una vez levantó del pelo a Rubén Espinoza. Su único error fue tirarle los bigotes al Chivo Pavoni en la final de la Copa Libertadores de América del 73. Esos bigotes eran una trampa: nadie los puede tener tan largos, del tipo Pancho Villa, salvo que los use para

que los adversarios se hagan expulsar en el intento de tirárselos. Pavoni, además, los utilizaba para desviar la atención: también jugaba con peluquín. Herrera, como los pieles rojas, se habría quedado con su cabellera de haberlo sabido antes.

Si hay algo que he aprendido en todos estos años, es que en el fútbol ningún jugador es más importante que otro. La frase “Los delanteros ganan partidos, los defensas ganan campeonatos”, acuñada por un todocampista inglés del Aston Villa que se llamaba John Gregory, es solo un intento de compensación espiritual para los que supuestamente hacen el trabajo sucio. En la cancha, la lógica futbolera suele ocupar el puesto de aquel hombre que juega con el balde en la cabeza. No hay trabajos menores en el fútbol, sino titulares de prensa: en un partido, cuando juegan 11, el partido dura 990 minutos. Esto lo digo después de haber jugado toda mi vida intentando imitar a Herrera en el barrio. Hubo más de una ocasión en que me dijeron Zapatos con Sangre, que es el otro apodo de Chuflinga. Tengo una concepción izquierdista y cristiana del juego: darles a todos por igual y ser uno el que más reparte. He usado todos los huesos de las extremidades que tienen nombre conocido para bajar al oponente que viene con pelota dominada. Muchos quedaron en el suelo, pero hay que saber pegar: el único objetivo es que el otro se dé cuenta de que gratis no se la va a

llevar. No sé si fui bueno o malo para la pelota, pero siempre entregué todo lo que tenía.

¿Puede uno morirse feliz, realmente feliz, justamente cuando sabe que se está muriendo? A los vivos nos gusta especular con esto, pero nunca les preguntamos, por razones obvias, a los únicos que conocen la respuesta. Hay cosas que no se pueden dar por seguras, ni en la vida ni en la muerte, pero esto es solo un deseo, mi última voluntad antes de caminar hacia los Campos Elíseos: espero verme en la boca del túnel saludando uno por uno a los jugadores de mi Colo Colo de todos los tiempos: Rojas; Ramírez, Garrido, Herrera, Hormazábal; Mena, Páez, Peralta, Pizarro; Astengo y Vidal. En mis sueños esa oncena imposible es imbatible. Si el paraíso existe, me gustaría encontrármelos a todos juntos allá y, si Dios me deja, entrar en el segundo tiempo por el Chano Garrido para hacer dupla con Chuflinga Herrera.

Philip Roth dijo una vez que dejó su casa para salir al mundo y que después pasó el resto de su vida escribiendo sobre su casa. Me ocurre algo parecido: quería hacerme grande para jugar en Colo Colo y cuando por fin crecí —crecer es fácil, inevitable— empecé a ganarme la vida contando lo que sentía cuando soñaba con ser el 5 de Colo Colo. Tal vez me he convertido en un personaje de aquellos años felices y esto no es más que un sueño. Uno en el que puedo mandarla a la tribuna o salir jugando.



# El hombre de negro

Hernán Felipe Godoy Rojas

Estoy debajo del túnel, entre dos filas de jugadores. Me gusta un equipo, como a cualquiera. Pero hoy no soy hinchita de ningún equipo, no sigo a nadie, hoy no tengo dioses ni pasiones. Hoy el negro es mi único color. Hoy solo soy yo, mi sombra y mi amigo inseparable desde hace muchos años, con el cual he cambiado el curso de la historia para algunos, arruiné la vida de unos cuantos y le di alegrías a otros. Pero eso ahora es solo historia, momentos pasados que fueron y hoy se comienza a escribir otra página de esta. Estoy nervioso. Mientras subo las escaleras y salgo a la cancha. Contemplo las miles de personas enardecidas al ver a sus ídolos saliendo detrás de mí. Veo ilusiones, veo esperanzas, veo la alegría de una familia, el sueño de un pueblo: ver al equipo de sus amores levantar esa bella copa de campeonato. Sé que este bello momento solo durará minutos, sé que la alegría previa al duelo es pasajera, porque yo, de pasar a ser una persona invisible por ahora, me convertiré, quizá sin querer, en protagonista.

Estoy en el centro de la cancha. Lo que hace poco era un maravilloso paisaje de emociones vibrantes se torna oscuro. Ahora esto es un campo de batalla. Todo a mi alrededor se convierte en una especie de coliseo moderno rodeado de gentíos expectantes sedientos de sangre que solo quieren ver el sufrimiento y ver cómo cae el rival. Estoy en el medio de una arena de combate en la cual tengo a 22 gladiadores que vienen a dar la vida, que vienen a matar o a morir por esto que se llama fútbol.

Gracias a dios no estoy solo. Tengo a dos amigos en cada costado del campo que me apoyan, que van a estar ahí en estos 90 minutos de dolor y sufrimiento. Pero no puedo contar con ellos siempre. ¡Cielos! Me siento solo en esto.

Queda poco, los equipos ya están en su territorio, esperando que les dé la señal, cual ejército listo para matar esperando orden de fuego. El estadio ruge hambriento, papeles, banderas y lienzos de todo color decoran el estadio, la gente entona cánticos a mi alrededor que me hacen sentir privilegiado de la hermosa vista que tengo desde aquí. Miro alrededor y todos están expectantes. Me suda la frente. Debo tener nervios de acero por más de una hora, pero en este momento me dan ganas de llorar y salir corriendo de aquí. Es mucho para mí. Pero debo hacerlo, este

es mi trabajo y hoy tengo una importante misión aquí...

—¡Y arrrranca! Suena el pitazo inicial, los jugadores ya se mueven por todo el campo...



# Fútbol en la cárcel

Eduardo Mancilla

Eran los años en que no existían las tarjetas de crédito. Nadie se endeudaba por tres meses para comprar un par de zapatos y por estos archipiélagos no llegaba la televisión, ni los jugadores “superstar” aparecían vendiendo desodorantes, champú, máquinas de afeitar y otras frivolidades. Ni sabíamos que el Fondo Monetario Internacional regía los destinos de los países y vivíamos la vida sin necesidad de pedírsela prestada a los bancos. En esos años, cuando la vida parecía no tener complicaciones, la cárcel estaba ubicada en Ten Ten, un lugar cercano a la ciudad al que se llegaba por un sendero que antes fue la línea del tren. La cárcel era un largo pabellón de madera, con un amplio patio de tierra encerrado por una alta malla de alambre. Sobre esta malla, en lo más alto de los postes, se extendían tres corridas de alambre con púas. Este débil cerco, y una caseta de madera donde siempre estaba de guardia un gendarme, era toda la seguridad del recinto carcelario. Los presos no se arrancaban de pura buena gente que eran. Bastaba tener un

alicate, cortar la malla de alambre y si te vi nunca más me acuerdo.

Todas las tardes los presos se formaban en el patio. Eran contados antes de ingresar a sus celdas. Nosotros éramos en ese tiempo un grupo de muchachos de 12 a 15 años que buscando aventuras, recorríamos la abandonada línea del tren. Pasábamos a visitar a los presos para regalarles nalcas, murtas, avellanas y también manzanas, peras y ciruelas que sacábamos de las abundantes arboledas que existían en ese sector. Alguno de los más grandes, que fumaba a escondidas de sus padres, regalaba a los presos cigarros Liberty, Hilton, Cabañas o Monza que eran las marcas más conocidas en esa época. Se los dábamos a través de la malla de alambre y con el permiso de los gendarmes. Durante la semana los presos, caminando en fila de a dos, salían a hacer siembras en un campo cercano custodiados por el suboficial Carrasco, gordo y sonriente, el gendarme Gallardo, apodado Soldadito de Plomo por su débil contextura física (era pequeño y delgado), y otros gendarmes desconocidos entre tanto olvido. Para los trámites administrativos, los gendarmes viajaban hasta la ciudad por un camino polvoriento en una motoneta Vespa.

Al lado de la cárcel había una cancha de fútbol donde por un tiempo se jugó el campeonato de la segunda serie del fútbol isleño. Participaban

Estibadores, América, Hotel Luxor, Servisalud, Gendarmería, Corhabit, Comercio, Bancarios y Taxistas. El Estibadores era un club formado por los trabajadores portuarios que vivían en Punta Chonos, la calle de los palafitos. Hotel Luxor era el equipo de los trabajadores de ese hotel reforzado con los cantineros y mozos de los bares de calle Lillo. El Comercio lo integraban los trabajadores y dependientes de tiendas y almacenes; y en el Bancario jugaban los empleados del Banco del Estado y del Banco de la Unión y del Banco Osorno que cada tarde de domingo dejaban en su casa la corbata, el traje gris y los zapatos lustrados. El Gendarmería estaba reforzado por algunos presos entre ellos Juan Lakolay, un indio alakalufe que jugaba a pata pelá, y que, por vender choros zapatos en tiempos de veda, fue enviado a la cárcel, donde permanecía como si estuviera en un buen hotel, olvidando las incomodidades de vivir y dormir a orillas de un fogón.

El campeonato del año 68 fue espectacular. Ver jugar al equipo del Hotel Luxor era una contagiosa carcajada extendiéndose a lo largo y ancho de la tarde. Y los recuerdos, que aun hoy, en la edad cuando uno empieza a analizar la realidad que los causó, permanecen inalterables a la memoria.

En la mitad de la tarde de un domingo de verano llegaba hasta Ten Ten un pequeño bus celeste, de la empresa Álvarez-Miserda, que en ese entonces hacía

el recorrido urbano desde la playa hasta Castro Alto. De ese pequeño bus bajaba un desfile de payasos, orangutanes, momias, esqueletos, espantapájaros y otros seres de la imaginación, vestidos con camiseta de fútbol, pantalón corto y chuteadores.

Esperando la hora de jugar, primero los payasos, orangutanes y espantapájaros corrían en círculos, levantaban los brazos y giraban la cintura, hacían elongaciones, saltaban en un pie o flexionaban las rodillas haciendo un improvisado precalentamiento a un costado de la cancha de tierra con las líneas del campo de juego marcadas con aserrín. Luego la momia envuelta en papel higiénico, casi perdiendo el equilibrio, apurada, tiesa, arrastrando los pies, se iba a asustar a los niños pequeños que jugaban en medio de la cancha de tierra y, espantados, corrían a esconderse entre las rodillas de sus padres, quienes sentados a orillas del terreno de juego esperaban el comienzo del partido.

Aquel domingo, cuando el equipo del Hotel Luxor se enfrentó a los taxistas, dueños y choferes de autos Mercedes Benz, estos, quienes eran la locomoción colectiva en los tiempos del puerto libre, no trajeron arquero así que colgaron del travesaño de su arco un espantapájaros hecho de harapos y quilineja. Pero su arquero no espantó a nadie. Perdieron diez a cero y las carcajadas de ver a un payaso enredarse en sus enormes zapatos, a un sonámbulo



vestido con su pijama a rayas andar a ciegas tanteando el aire y a un gordo policía de pantalón corto correr detrás de una pelota que nunca alcanzaba son recuerdos imborrables.

Mientras, el famélico centrodelantero del equipo del Hotel Luxor, sin desesperarse, corría frente al arco contrario esperando hacer un gol de casualidad. Era un esqueleto de huesos de cartulina mal pegados encima de un pijama negro. Para muchos un recuerdo es una partícula de tiempo repleta de imágenes difuminadas pero las tardes de fútbol en la cancha de la cárcel de Ten Ten son imágenes que han sobrevivido a una realidad construida con frustraciones y derrotas. Nunca naufragaron en las inclemencias de la desesperanza, en los malos tiempos de la dictadura, cuando la muerte fue aceptada con cómplice indiferencia.

Cuando los árbitros, siempre serios e inmunes a tanto buen humor y alegrías, cobraban un tiro libre, el orangután sostenía de los pies a un payaso; el policía mostrando una habilidad mezcla de talento y técnica levantaba con el empuje la pelota y la dejaba encima de una carretilla humana que cruzaba la cancha equilibrando el balón encima de la espalda del payaso; los rivales desesperados intentaban detener esa máquina que entraba peligrosamente al área donde era muy fácil hacerle un penal a ese armatoste que se derrumbaba como casa vieja cuando

el payaso, cansado de correr sobre sus manos, se iba de hocico al suelo.

Los presos detrás de la malla de alambre, el público sentado en el pasto del pequeño cerro cercano a la cancha, nosotros, con los bolsillos repletos de ciruelas y manzanas, veíamos correr a un orangután comiendo un helado de agua de colores, un desnutrado tarzán que eludía rivales, un payaso de peluca naranja tropezando con sus enormes zapatos, una inexpresiva y tiesa momia vendada con papel higiénico que intentaba cabecear una pelota, un esqueleto que perdía la dignidad de la muerte rodando por el suelo, tratando de hacer una chilena, el partido era una sola carcajada; y una carcajada es más peligrosa que un virus, eso se sabe cuando se produce el contagio. Un contagio que duraba hasta los recreos del día lunes en la Escuela Superior, cuando bien peinados entonábamos el himno nacional. Perdían 8 a 2, 11 a 4, pero eso a nadie le importaba. Si alguien dice que eso no es jugar fútbol, entonces que chutee la primera carcajada. Lo importante era la alegría que contagiaban a todos los espectadores que reían sentados en el pasto de la pampa cercana y a los presos que esperaban la hora de su encierro. Si no cree esta historia intente borrar las risas que en nuestros recuerdos han permanecido sin envejecer durante más de 40 años.

# ¿Quién lo diría?

Raúl Molina Rivera

Ahí estaba yo, en medio de la barra saltando, agitando los brazos bajo una bandera enorme del equipo de sus amores, O'Higgins de Rancagua, coreando las canciones y gritos que alentaban al plantel. Sintiendo su rostro de felicidad y euforia, después del primer gol y de estar junto a él, acompañándonos.

¿Quién lo diría? A mí que me cargaba el fútbol de tan solo verlo en los noticiarios y ahora instalado en el estadio El Teniente viviendo una experiencia increíble y excitante, rodeado de adrenalina y testosterona a mil, y todo por amor...

Reviso mi Facebook y ahí estaba la invitación de cumpleaños del Nico en dos semanas más, a fines de mayo, y que era de disfraces de superhéroes.

Llega el día de la fiesta y junto a mis amigas Maite y Cony, Gatúbela y Mujer Maravilla respectivamente, y yo de flamante Superman, ingresamos al lugar, repleto de personajes de historietas y cuentos que me transportaron a mi niñez y a esas tardes eternas de dibujos animados y juegos con los amigos.

Pasan frente a mi He-Man, Peter Pan, Batman y Robin, una que otra Caperucita Roja y princesas varias; y ahí estaba el príncipe del cuento, de mi propio cuento, un estupendo Gladiador en su traje increíble, con espada y todo.

Esa noche Superman haría de las suyas. No fue difícil iniciar la conversación y el posterior baile en una pista atestada de personajes que llenaban de magia ese momento.

—Qué buen traje, te queda muy bien ¿lo hiciste tú? —nervioso pregunté a mi Gladiador.

—Gracias, lo arrendé —contesta y me ofrece un trago—. Eres el único Superman de la noche —me dice—, qué original.

—Sí —contesto—. No muchos se atreven a usar mallas y ropa interior encima.

Después de varias horas de tragos, bailes, risas y muchas fotografías, llega la despedida.

—Diego Lemas —me dice, mientras me señala su celular—. Dame tu número.

—Por supuesto —le doy mi número encantado—. Cristián Guerra. Adiós.

Salgo de la fiesta junto a los disfraces incompletos de mis amigos post defensa del planeta. Encantado del chico que conocí esa noche, totalmente convencidos que la labor de justicieros ya estaba cumplida.

Después de una semana de conversaciones telefónicas y chat, Diego y yo acordamos una primera cita en un ambiente tranquilo.

Son las siete diez minutos de la tarde y corro por el paseo Independencia, ya que, para variar, voy atrasado a encontrarme con mi superhéroe de fantasía.

Al llegar a la esquina de la calle Bueras, reconozco al Gladiador. Claro que esta vez no llevaba espada, escudo ni menos armadura, sino que una vistosa camiseta de fútbol color celeste de O'Higgins de Rancagua. Equipo al cual le tengo simpatía, porque soy rancagüino y solidarizo con mi entorno, considerando que desde niño el fútbol y todo lo que tenga que ver con 22 hombres corriendo tras una pelota, jamás me interesó ni llamó la atención —salvo las ocasiones en que me detuve para admirar a algunos jugadores que tienen un cuerpo envidiable y provocaron uno que otro movimiento hormonal en mí.

Mi sorpresa fue mayúscula. No lo podía creer. Pero lo encantado que estaba con este chico me hizo obviar su poco agraciado atuendo y nos adentramos en una conversación de más de dos horas.

Me enteré de su fanatismo por el fútbol y lo importante que era para él ser hincha de corazón de O'Higgins. Hicimos un recorrido por toda la geografía chilena de cada partido al cual había asistido siguiendo al capo de provincia.

Fue fascinante escuchar sus relatos, anécdotas e historias de alegrías por cada triunfo y también de pena y frustración por las derrotas. Mis ganas de estar con él y compartir su vida me llevaron a olvidar

y pasar por alto mi desinterés y el aburrimiento que me provoca el deporte rey de nuestro país.

Yo, reconocido cinéfilo y fanático de la TV, logré en estos cuatro meses de relación con Diego adentrarlo en mi mundo y pasar momentos increíbles. Siempre muy alejado del mundo futbolístico, acercándome solo como oyente de los relatos que Diego me compartía con tal entusiasmo que me hacían recordar a un niño pequeño recibiendo su regalo soñado en Navidad.

Una tarde que acordamos salir de compras, me hace la pregunta del millón.

—Christián, mi amor ¿me acompañas al partido de este fin de semana? —un silencio casi eterno pasa entre los dos—. Nunca un novio me ha querido acompañar, para mí sería muy importante que tú lo hicieras.

—¿Dónde es? —pregunto, esperando como respuesta Arica o Puerto Montt.

—Es acá en Rancagua, y ya tengo las entradas —su cara de ilusión me descoloca—. ¿Quieres ir conmigo?

Mi mente repasa todo lo que he visto en televisión, las experiencias de Diego y otros amigos en un estadio. Me armo de valor y le respondo:

—Sí, vamos, te acompaño. Aunque, te aclaro que jamás he puesto un pie en un estadio y si me da miedo o no me gusta el ambiente, me largo, ¿ok?

—No te preocupes, lo pasaremos increíble —su cara de felicidad superaba al niño con su regalo preferido.

Estaba radiante, y yo más, de verlo tan contento. El amor es así...

Llega el gran día. En casa de su madre, mi suegra, están sus hermanas y ella vestidas de celeste con las camisetas oficiales del club.

Desde una habitación aparece Diego con una camiseta para mí. Por suerte era de mi talla y, debo reconocerlo, el celeste me queda bastante bien.

Ya instalados en el estadio, después de hacer fila por una hora, ansiosos porque se inicie el partido contra Palestino por el torneo de la Copa Chile.

El árbitro, bastante buenmozo, por cierto, da el pitazo inicial y empieza la fiesta. Fueron 90 minutos de puro salto, gritos, canciones y mucho garabato contra quien se cruzara frente a un crack celeste.

Diego estaba feliz por el triunfo de su O'Higgins querido, junto a su barra amada, su familia y yo, el único novio que lo ha entendido y compartido su pasión por el fútbol. Y eso a mí me hacía feliz.

Lo pasé increíble. Incluso el intermedio a puro completo y papas fritas, aun consciente de que era una bomba de calorías, eran un manjar para la ocasión.

Y así sucedieron más visitas al estadio. Incluso viajamos a Viña del Mar y Santiago apoyando a nuestro equipo ¡¡¡Sííí, nuestro equipo!!! Ya me sentía celeste de corazón. Tanto así, que mi regalo de Navidad fue una camiseta con mi nombre estampado;

estaba feliz y cada vez más enamorado de este chico bueno para la pelota que me había mostrado un mundo desconocido para mí y que me encantaba cada día más.

Así llegó el 8 de febrero y el capo de provincia jugaba ese fin de semana en Talcahuano. Diego estaba ansioso por el viaje, yo no podía ir, debía resolver asuntos familiares y, además, planificar lo que sería nuestro primer día de San Valentín.

Esa mañana de viernes despedimos a los tres buses repletos de hinchas, familias, parejas, amigos y conocidos, llenos de ilusión por traer una conquista a nuestra ciudad.

—Que te vaya excelente, pásalo increíble —le dije a Diego, mientras lo abrazaba fuerte contra mi cuerpo—. Cuídate mucho, te estaré esperando para celebrar.

—Te extrañaré mucho —me dice—. Te amo.

Durante el viaje Diego y yo hablamos cada una hora, todo iba excelente.

El partido contra Huachipato era esa misma noche en el estadio El Morro. Me mantuve atento a las transmisiones y celebré a la distancia cada tanto que nos llevó al triunfo.

Diego y toda la hinchada estaban felices y eufóricos por la victoria.

—Mi amor, creo que iremos a carretear a un lugar a Tomé —me cuenta casi a punto de subir al bus.



—Qué bueno, pásalo bien y cuídate mucho. No bebas tanto, ¿ok? —le hablo con ternura y deseos de estar con él—. Te espero mañana. Te amo.

—Yo también te amo —me dice—. Bye, nos vemos.

Intercambiamos un par de mensajes mientras viajaba a su carrete.

Después de dos horas, no recibo respuestas. Me preocupo y lo llamo, no logro comunicarme, directo al buzón de voz. No sé nada. Suena mi celular a las seis de la mañana, algo me dice que no debo atender, se desata la tragedia y todo se derrumba. Vivo el caos, mi corazón sangra y se destruye. Mi alma y mi espíritu caen hacia un abismo sin retorno. Él ya no está, era uno de los 16. Diego... mi Diego se fue...

¿Quién lo diría? Aquí estoy, alentando a nuestro equipo, desde el centro de la barra, canto, bailo, feliz de saber que en cada estadio estas tú y me acompañas cantando y disfrutando juntos de nuestra pasión. Ahora con mi camiseta con nuevo estampado “Christián & Diego” ¿Quién lo diría...? Y todo por amor.



# El grito sagrado

Francisco Olguín Orellana

Faltan dos minutos para el término del partido, el marcador está 1-1 y el árbitro cobra la falta. Penal a favor de mi equipo. Los rivales protestan porque según ellos no hubo infracción.

Tomo la pelota, la acomodo y mientras tomo distancia el entrenador me grita:

—¡Pégale con fe, pégale con fe!

El arquero se acerca y me dice que voy a fallar, le manda saludos a mi madre y agrega que mi novia me está engañando con mi vecino, por si las dudas la busco entre el público y la veo que está mirando atenta la acción tan nerviosa como yo. Sentí un alivio.

Las barras de los dos equipos gritan y alientan como si en eso se les fuera la vida. Están todos pendientes de lo que va a pasar. Estoy nervioso. La situación poco a poco me empieza a superar y culpo a mi padre porque cuando recién caminaba me regaló una pelota de fútbol y me empujó a este momento. Tal vez si me hubiese enseñado a manejar sería piloto de auto y no estaría en esta situación o si en vez

de una pelota me regalaba un lápiz y un cuaderno sería artista y estaría ajeno a todo lo que pasa por mi cabeza en este instante.

Si convierto el penal pasamos a la semifinal del campeonato y si fallo las posibilidades de ser eliminados aumentan. Ellos son mejores que nosotros y estamos cansados porque corrimos casi todo el partido detrás de la pelota. Están mas enteros que nosotros y seguro que nos ganan en el alargue.

Pienso dónde voy a colocar el tiro, creo que debo asegurar fuerte y al medio o tal vez un tiro esquinado sería mejor. A lo mejor puedo picar la pelota al estilo de Antonin Panenka en la final de la Eurocopa de 1976 y tal como lo hizo el Loco Abreu en el mundial de Sudáfrica, pero ¿y si el arquero me espera y lo ataja? Sé que no puedo dudar el tiro, ¡creo que voy a perder el penal!

Para colmo se acerca el capitán del equipo y me dice:

—Pobre de voh que se te vaya.

Más que una frase de aliento fue como una amenaza y yo aquí sigo sin decidir cómo pateo el penal, que a esta altura parece un parto. Más encima empiezo a recordar a grandes jugadores que fallaron un penal decisivo. Me acorde de Juan Román Riquelme, de Arjen Robben, de Beбето y también de Roberto Baggio. Ellos fallaron, y tienen mucha más técnica que yo.

Miro hacia el arco y veo que el arquero se agranda, parece que mide dos metros, y el arco se achica, ¿puede eso ser posible?

Lo que tengo claro es que si hago el gol me voy a llenar de gloria, aunque sea por una semana, va a ser lo más comentado en la población y cuando pasee por las calles todos dirán “ese es el que hizo el gol del triunfo” y en el bar los brindis serán en mi nombre. Pero si fallo me van a culpar de la eliminación y van a decir que yo tiré a la basura el esfuerzo de toda una temporada, el momento más importante en mucho tiempo de la historia del club, que hace más de siete años que no se gana nada importante.

Suena el pito y el árbitro da la orden. No hay vuelta atrás. Como dijo el Matador Salas cuando jugaba por la Juventus y pateó un penal que dio en el travesaño: “Había que elegir entre huaso rico o huaso pobre”, y a él le salió huaso pobre.

Al final decido asegurar el tiro y pegarle fuerte y arriba. Por suerte salió colocado y por bajo. El arquero se tira hacia el lado contrario la pelota va lejos de su alcance y se escucha la palabra mágica, esa palabra que hace reír y llorar, esa palabra que aprendemos cuando somos niños, como escuché una vez por ahí, “el grito sagrado”.

—¡Gooooooooool!

No fue el gol más lindo de la historia pero ¿a quién le importa? Ganamos, y eso sí que importa.



# El Dinamo de Kiev y el gol invisible

Carlos Humberto Rozas Pérez

Una tarde en Kiev salía nuevamente a buscar empleo. Los años de la guerra destruyeron ciudades, familias completas y mi empleo, ya que la reparación y reconstrucción de las casas quizás llegue cuando finalice la masacre. Me fui por la avenida principal y doble unas cuadras cerca del estadio del Dinamo de Kiev. Al caminar pensaba acerca de esas tardes de fin de semana donde iba con mi hijo a ver al Dinamo y luego a los bares a celebrar el triunfo por la revolución. Ahora mi hijo está en la guerra, hace días que no envía nada y el Dinamo ya no existe. Nuevamente un día perdido.

Caminando cerca de mi casa, saludo a Iosif Kordik, panadero conocido por el barrio quien siempre saludaba cordialmente, pero esta vez, en especial, había alegría en su rostro.

—Vladimir —me dijo alegre— camarada mío, tengo algo que contarte.

—¿De qué se trata?

—Tengo a los jugadores del Dinamo trabajando en mi panadería, ¡a los del glorioso Dinamo!

—¡Pero, qué! —dije sorprendido. El Dinamo de Kiev, el equipo que había sido eliminado y suprimido de toda competencia por los nazis debido a que los socios y jugadores debían ser del partido comunista, estaban trabajando en la tienda de uno de mis más grandes camaradas— tú sabes que si los nazis se enteran...

—Tranquilo, Vladimir, solo están haciendo pan, aunque por lo malo, preferiría que jugaran al fútbol.

—¿Y viven en tu casa?

—Sí, estaban en la calle, como indigentes. Después de la jornada siempre juegan en el patio trasero de la panadería. Si quieres puedes ir a verlos mañana —me dijo animado.

64 —Pero por supuesto que iré, y por cierto, no le contaré a nadie que están allí —dije sigiloso al ver tropas de las SS en la vereda contraria.

—Así me gusta, siempre prudente, nos vemos mañana entonces, camarada Pankov —se despidió Kordik y cada uno a su casa.

Al llegar no puede contarle a mi señora. Además que las relaciones no habían estado muy buenas ya que nuestro hijo no daba señales de vida.

Al otro día salí temprano. Fui donde Kordik y al llegar a su local mis ojos se lagrimearon cuando me abrió la puerta Klimenko, el delantero del Dinamo. Lo quise abrazar. Era el jugador favorito de mi hijo, aunque su vestimenta distara mucho de la calidad



de estrella que tenía: zapatos horadados, delantal blanco y una camisa de color rojo hacían a este panadero, nuestro mayor ídolo. Lo saludé cordialmente con un palmoteo en la espalda y entré al patio donde después de hacer el pan, salían a jugar. Sin duda no habían perdido su gracia, tocaban el balón como si estuvieran en su cancha y hacían murallas muy pulcramente.

—Participarán en un torneo —dijo alguien que estaba sentado a mi lado— los traidores del Rukr y los nazis con dos equipos los invitaron.

—Es un suicidio, los matarán al entrar a la cancha.

—Puede ser, pero también quisiera ver cómo destruyen a los alemanes.

—¿Jugarán como Dinamo?

—No, jugarán como FC Start.

FC Start, equipo que con solo mirar su nombre es completamente distinto al Dinamo, burgués, británico y pareciera que sus jugadores fueran personas de traje y sombrero de copa, perfecto nombre para la realidad, el comienzo de algo nuevo. Ese día de junio los vi salir a la cancha con vestimenta hecha por ellos mismos y los siete goles que le metieron a los traidores del Rukr los grité como si fuera el fin de la guerra. Los partidos contra los aliados de los nazis también fueron de ensueño y el pueblo se fue feliz a sus casas. La esperanza es lo último que se pierde y la valentía de esos jugadores hace

que las ganas de mi pueblo por ganar sean mucho más fuertes.

A medida que seguían los partidos y las victorias, a mí me dio la impresión que la historia no acabaría bien. Era muy extraño que los nazis decidieran perder limpiamente contra el Start, y aunque Kordik estaba fascinado con las victorias, me acerque una vez terminado un partido y le dije:

—¿No crees que ya es suficiente antes que los maten?

—Así yo también lo creo, pero ellos quieren dar su vida por darle una alegría al pueblo, ¿tú crees que eso es más válido que dejar de luchar, tanto en el campo de batalla como en la cancha?

—¿Y qué debemos hacer para que no sea en vano?

—Que esto lo sepa hasta el propio Hitler —dijo mirando al cielo.

Días después de ver jugar al Dinamo, ahora llamado FC Start, Iosif me informó que en el estadio del Zenit iban a jugar el Start y el Flakelf, equipo alemán invicto en toda Europa.

—¡Qué te dije, camarada! ¡Hitler escuchó y vendrá con un equipo de estrellas! —gritó en mi puerta.

Me despabilé y salí con mi señora, que ya se había enterado de todo, a pegar los afiches del partido. “Los panaderos contra los pilotos”, “FC Start v/s Flakelf”, “El juego del siglo”, decían los afiches donde me dieron entradas gratis para verlo con mi esposa.

El sábado antes del partido se hizo una colecta de dinero, el poco que había, para que el Start saliera con indumentaria deportiva acorde al gran acontecimiento que, quizás, sería el último para aquellos héroes que jugaban por la patria. Con Klimenko, el goleador del equipo que jugaba con los mismos zapatos con los que trabajaba, nos habíamos hecho amigos en las tardes de entrenamiento. Se ganó la cordialidad de mi esposa e invitamos varias veces al equipo a almorzar con Iosif y su hijo. Es así que le regale a escondidas de Irina los zapatos de fútbol de nuestro hijo para que destrozara a los alemanes. Él, con lágrimas en los ojos, sabía que quizás sea el último partido que pueda jugar y me lo agradeció en el alma. Me dio un abrazo y se colocó los botines de Iván, mi hijo, contra los alemanes del Flakelf.

Aquel partido fue un verdadero clásico, más de veinte mil personas en el viejo Zenit viendo como los panaderos del Start le ganaban por 5 a 3 a los alemanes del Flakelf, perdiendo su invicto, su honor y la gloria traída con ellos desde toda la Europa nazi. Ahora los que tenían el dominio del juego eran los del Start. Cuando terminaba el partido, Klimenko comenzó a correr con la pelota, se paseaba y dejaba de lado contrario a los defensas alemanes, corría como si mi hijo estuviera en sus zapatos, él también corría de esa manera, pasó a uno, dos, tres jugadores alemanes, iba directo al arco, el arquero no

sabía a qué lado la pelota iría por la velocidad de aquel camarada que estaba en nuestros corazones. Klimenko se pasó al arquero y con el arco solo se dirigió con la pelota a reventarlo. El grito lo tenía en la garganta pero no quería salir, Klimenko no hizo el gol, pegó la pelota a la línea del arco y la golpeó hacia la mitad de la cancha. Todos quedamos callados en el viejo Zenit.

El árbitro nazi que pitaba el partido no pudo cobrar nada a favor de los alemanes aunque quisiera, porque el Start no hizo nada para favorecer el supuesto robo. Terminó el partido y el grito salió desde mis tripas hacia el exterior. Klimenko le había dado una bofetada a los alemanes. Klimenko, el magnánimo, el que perdonó la goleada histórica del poderoso Start ante los del Flakelf. Aunque todos sabíamos cómo terminaría la historia, todos estaban felices de que por fin éramos superiores y sin apelación ante el enemigo, que ahora con balón en mano se retiraba del campo del Zenit sin decir una palabra.

Días después, y luego de que los traidores del Rukr quisieran una revancha, que terminó en una nueva derrota ante los panaderos, llegaron los de la Gestapo a la casa de Iosif. A Nikolai, jugador miembro de la KGB lo fusilaron al instante. A mi amigo y camarada Kordik y a su hijo los encarcelaron por proteger a los comunistas. A Klimenko con los otros

se los llevaron a los campos de concentración. La calle estaba en silencio, la alegría del fútbol había quedado de luto por el Dinamo. Nunca probé un pan más malo como los que hacían ellos, pero, a la vez, nunca pude ver un fútbol más lindo como el que jugaban día a día. Dicen que Klimenko murió torturado ocupando los botines que le regalé de mi hijo, de él nunca más supe, pero lo más probable es que se haya enterado, con alegría en su rostro, de un equipo que derrotó a los nazis y los masacró en la cancha, el FC Start.



# Tarde de fútbol

Gonzalo Serrano del Pozo

—¡Aló!

—¿Aló?

—Mi amor, ¿puedes ver si fue penal?

—¿Qué?

—En la tele, ve si fue penal.

—Pero ¿tú no ibas a ir al estadio?

—Sí poh, aquí estoy, por eso queremos saber si fue penal.

—¿El árbitro lo cobró?

—No, no lo cobró.

—Entonces, obvio que no fue penal.

—Sí, mi amor sí fue, nos están saqueando de nuevo, ¿puedes ir a ver?

—Espérate... Ya, llegué a la pieza. Mi amor, se me había olvidado contarte, adivina con quien está pololeando el Nachito.

—Mi amor, por favor, apúrate.

—Qué pesao, espera... No, no están dando el partido. ¿Seguro que estás en el estadio?

—Sí, mi amor, no escuchas a la gente. No aparece el partido porque estás viendo el básico, no el premium.

—¿Y nosotros tenemos ese canal?

—Sí...

—¿Cuándo lo contratamos?

—Ay, mi amor, por favor, lo contraté contigo, cuando el día de la mamá querías que me quedara a ver el partido y que no fuera al estadio.

—Ah, tienes razón.

—Mi amor, el penal.

—Yaaa, ¿qué canal es?

—El ciento sesenta y cinco.

—¿Existe el ciento treinta y cinco?

—¡Sí! ¡Sí existe! ¡¡Pero te dije ciento SESENTA y cinco!!

—No me grites, si no apago al tiro la tele.

—¡Por favor!

—Ya, ahí estoy viendo el partido. No, no han mostrado nada.

—Ya lo tienen que haber mostrado. ¡Te demoras-te mucho!

—¿Cómo que me demoré? Me apuré un montón y más encima casi se me quema un queque que tengo en el horno... Oye, van perdiendo, pucha que son malos, la próxima vez quédate en la casa, mira que me dejas sola y te echo mucho de menos.

—Yaaaa, gracias, nos vemos.

—...¿Viste? Te dije que iba a llamar. Ponte la ropa y ándate, que está por terminar el partido y por culpa de estos malos puede llegar en cualquier momento.



# El cambio eterno

Fernando Torres Gutiérrez

El Guatón Coke era un entusiasta del fútbol. Pese a no ser dotado tanto física como técnicamente nunca vio menoscabado su entusiasmo por el deporte que practicaba. Cada día sábado estaba presente en las canchas donde su equipo de barrio participaba en el campeonato de viejos crack. La camiseta con el número 4 siempre estaba disponible para él. También era costumbre que Guatón Coke, a pesar de ser uno de los primeros en llegar a la cancha y que nunca tuvo problemas en cancelar los \$1.000 que pagaba cada jugador por concepto de camiseta, era el único que tenía asegurado jugar solo el primer tiempo de cada partido. Siempre fue el candidato número uno para ser sustituido después de jugado este, lo que en cierto modo lo molestaba porque él no consideraba que fuera tan malo para la pelota. Pero la realidad era esa y Guatón Coke todos los sábados jugaba solo los 35 minutos que duraba cada tiempo en esa categoría. Ese día era especial, algo en su cabeza le decía que esta vez sería distinto y que por primera vez en su vida jugaría un partido completo.

Como siempre, el partido comenzó a la hora; Guatón Coke, con el número 4 en la espalda, sabía que sería su gran partido.

A poco de empezado el encuentro, uno de los centrales del equipo, el número 3, comete un error garrafal. Uno a cero a favor del rival. El partido se tornó intenso, con oportunidades de gol en ambos arcos. Guatón Coke jugaba un partido correcto, cumpliendo con la función que se le había encomendado: cuidar con su vida la banda izquierda, y lo estaba cumpliendo muy bien, por lo que la confianza en el mismo crecía y si seguía de esa manera no había razón para ser sustituido esta vez. El partido siguió con la misma intensidad hasta que a poco de terminar el primer tiempo, el otro central que jugaba con el número 5 en su espalda comete un error. Dos a cero a favor del equipo contrario. Esto en cierto modo no molestó mucho a Guatón Coke, ya que los errores de los centrales sumados a su buen desempeño eran la razón perfecta para no ser sustituido como siempre y eso en su mente lo tenía claro y era el argumento que utilizaría como defensa.

Termina el primer tiempo del partido. Guatón Coke cruza el campo de juego para acercarse al lugar donde se reunía el equipo a refrescarse bajo la única sombra de un árbol que había en la cancha y al ver que había una gran cantidad de jugadores

que esperaban su oportunidad para entrar en el segundo tiempo y sabiendo que lo lógico era que se efectuaran un par de cambios para intentar revertir el marcador adverso, desacelera su paso y empieza a elaborar lo que sería su defensa en caso de que quisieran sustituirlo. A pocos metros de llegar donde sus compañero, con su cara roja producto del esfuerzo del partido y del calor que hacía en ese mes de verano, Guatón Coke toma aire, se acerca donde están los demás y con voz imponente dice:

—No creo que hoy día me saquen a mí si la cagá está entre el 3 y el 5.

Todos miran a Guatón Coke hasta que el entrenador del equipo le responde:

—Si la cagá está entre el 3 y el 5, sales tú, que eres el 4.

Guatón Coke nunca jugó un partido completo.



# El Negro Irala

José Luis Villegas Agüero

Mi hermano Mario corría por toda la casa buscando una escalera y una linterna, mientras el tío Jaime me llamaba desde el segundo piso de la casa. Pepe, me decía, sube tú, eres más chico. Si bien era el menor de los hermanos, no me creía tan chico, no en vano tenía ya 10 años y me la pasaba todo el día jugando o pensando en la pelota.

Ese verano como todos los veranos estaba en la casa de mi tía Leo en Puerto Montt. La casa familiar era grande, con techos muy altos, de madera, con tejuelas de alerce, muy típica de la zona sur. Ciudad lluviosa y fría, pero que me encantaba visitar cada vez que tenía vacaciones, no sé si por la ciudad misma o por estar con mi tía, a la que amaba y veía como a mi abuelita.

Ese día, mi tía le contó al tío Jaime y a mi hermano que en el entretecho del segundo piso se encontraban varias cajas con cosas antiguas, lo que generó una gran inquietud en ellos. La oscuridad del lugar y el acceso pequeño hicieron que pensarán en mí para subir. El tío Jaime afirmaba una mesa en la

cual pusieron una silla; en ella se paró Mario y yo debí escalar por su espalda para alcanzar el enigmático acceso a este mundo oscuro y lleno de cajas.

No pude ver mucho pues sentía miedo de estar ahí. Solo atiné a tomar dos cajas pequeñas que estaban en la orilla y que eran muy pesadas para mí. Las empujé y se las pasé a mi hermano para que las bajara. Aún desde el entretecho, pude ver cómo el tío Jaime abría las cajas y, para sorpresa de todos, solo había antiguas revistas de fútbol. Algunas eran muy grandes y se llamaban *Goly Gol* y otras que nunca había visto, pero de las que mi padre me había hablado más de una vez, las revistas *Estadio*.

Esas revistas no parecieron interesarles mucho, pero a mí me alucinaron desde la primera vez. No sé si fue el color o el olor que emanaban de sus páginas. Las fotos de esas grandes leyendas como Leonel Sánchez, Carlos Campos, Jorge Toro, Misael Escuti, Ignacio Prieto, Carlos Caszely, Chamaco Valdés, y también de otros jugadores que nunca había visto. Las fotos increíbles de los goles con los fotógrafos dentro de la cancha, casi como unos delanteros más, empujando la pelota hacia dentro del arco.

Desde aquel día me hice dueño de todas las revistas descubiertas, cual explorador de nuevos mundos tras encontrar un valioso tesoro. Las guardé conmigo todas las vacaciones, mientras la radio y los diarios informaban de las pretemporadas de los

equipos nacionales. La U recién volvía a jugar en primera y jugaba un amistoso con el equipo de la ciudad y mi hermano, fanático de los azules, me invitó al hermoso Estadio Chinquihue a verlo. Como buen pinganilla me escabullí entre las rejas para llegar hasta los camarines y conocer a los jugadores en persona. Ahí estaban Horacio Rivas, Patato Martínez, un joven Luis Musrri, Walter Mella, el argentino Pepe Castro que venía con gran cartel de goleador, entre otros. Ese día Puerto Montt goleó a la U con un rotundo 3 a 0 con una tripleta del delantero Sergio Casas. El regreso a casa a pie fue extraño, con mi hermano enojado por la goleada y yo feliz por el triunfo de Puerto-Puerto.

El verano llegó a su fin y con ello el regreso a Constitución y yo llevándome el nuevo tesoro encontrado, mis revistas antiguas, las cuales agrandarían mi gran colección. Mi padre me compraba todas las semanas las revistas de fútbol *Deporte Total*, *Triunfo* y una que me encantaba más que ninguna, la *Minuto 90*. No olvido muchas de ellas que mostraban, a través de las fotos, las imágenes de los partidos que domingo a domingo escuchaba por la radio. Fotos de la Vieja Reinoso, de Pelitos Percudani, Marcelo Trobianni, Barticcioto, el Negro Salgado, el Káiser Pizarro, entre otros.

La llegada a Constitución fue muy alegre, con un día hermoso de sol, pues aún quedaba algo de

verano. Mi madre, mis hermanos y mi padre esperándonos para tomar desayuno con los milcaos y galletas caseras que mi tía envió desde Puerto Montt. Pero para mí lo más importante eran mis nuevas revistas antiguas. Corrí a mostrárselas a mis amigos, tan fanáticos de la pelota como yo y por supuesto a mi padre quien finalmente era el dueño original de esas revistas, cuando era pequeño y vivía en el sur.

Su alegría fue enorme al ver lo que habíamos rescatado, trayendo consigo una parte importante de su infancia. Las miraba y hojeaba con gran dedicación hasta llegar a una contratapa que mostraba una formación de Santiago Morning, tal como estilaba la revista *Estadio* cada semana.

80 —Pepe, ven. Mira el arquero que aparece acá, ¿lo reconoces? —me dijo.

No tenía idea quién era ese arquero, me llamó la atención que se vestía entero de negro y tenía un peinado engominado. Era grande, maceteado y moreno, muy moreno.

—¿Quién es, papá? —le dije.

—Es el Negro Irala —me contestó—. Vive acá en *Conti* y va siempre al estadio.

Yo no lo podía creer ¿qué hacía este arquero en *Conti*?, si era una estrella de los bohemios, una leyenda, inalcanzable.

Ese sábado me dio vuelta toda la noche lo que mi papá me había dicho ¿Será posible que este jugador



parecido a la Araña Negra, viva en Constitución y que nadie lo conozca? ¿Cómo puede ser que nadie lo reconozca, que no se le pusiera su nombre a alguna calle? ¿O será que mi papá estaba equivocado y lo confundía?

El domingo desperté con el sol en la cara, como despertándome para disfrutar de lo hermoso del día. Mi mamá apurándome para que la acompañe a la misa de las 12 en la parroquia. Yo feliz la acompañaba, mal que mal, estuve lejos de ella casi tres meses.

Al salir de la misa pasamos a comprar los diarios, un helado y empanadas para el almuerzo y nos fuimos hasta la casa rápidamente. Comí más rápido que nunca, me lavé los dientes, busqué mis revistas y me fui corriendo hasta el estadio Enrique Donn. Como cada domingo se disputaba la liga local con varios equipos que jugaban todo el día. Algunos en la cancha principal y al mismo tiempo, los viejos cracks jugaban en la cancha de tierra. Yo me paraba arriba de la tribuna y así podía ver los 2 partidos a la vez.

Recuerdo que ese día quería ver el partido entre el Alameda, que vestía de azul, y el Club 5 de Abril, que vestía con los mismos colores de Colo Colo, con pantalones negros y camiseta blanca. Era lo más cercano a ver un superclásico entre los albos y azules. Yo, colocolino de corazón, hinchaba por

el 5 de Abril. Desde la tribuna me relataba el partido solo para mí, como si la pelota la llevara Sergio Díaz, Ricardo Dabrowski, Hugo González o el chico Hoffens.

El partido estaba un poco tedioso. El o a o hacía que la gente pifiara o le gritara garabatos a los jugadores. Yo hojeaba mi revista y miraba entre el público, por si podía reconocer al héroe no reconocido por nadie. Terminó el primer tiempo y pensé en mi mamá y el tiempo que habíamos estado lejos, así que pensé aprovechar los 15 minutos del entretiempo para correr las dos cuadras a mi casa y acompañarla un rato. Salí del estadio a la calle Rosas y crucé la vereda, pasando por fuera de la fuente de soda donde se juntaban los parroquianos futboleros, viejos solitarios que se tomaban sus copitas y discutían de fútbol y de la vida. Entre ellos un caballero alto y muy moreno, con una copa de vino en la mano, sus ojos rojos que miraban desde la barra a todos los demás, como no queriendo compartir con nadie. Su mirada era triste, sus gestos eran de hastío, de enojo, con el ceño fruncido.

Ahí me quedé, mirándolo con vergüenza y temor. ¿Qué hago? ¿Será mi ídolo anónimo? ¿Será que está enojado y borracho? ¿Será el mismo que se vestía de negro y tapaba todo en el famoso Chaguito Morning? No creo, si fuera él no estaría solo, la gente se le acercaría a saludarlo o a pedirle autógrafos.

No sé que hacer, mejor me voy para la casa a ver a mi mamá o me devuelvo al estadio a ver si el superclásico mejora y llegan los goles. Tomo aire, respiro profundo y se me ocurre entrar a la fuente de soda y pedir un completo.

Ahí estaba, en la barra, al lado de mi héroe anónimo, futbolista profesional, comiéndome un completo rápidamente, nervioso, mirando de reojo, hasta que ocurrió el momento.

—¿Qué hacís, cabro? —me dijo.

—Nada —respondí.

—¿Por qué me mirái tanto entonces?

—Es que no sé qué decirle, pero tengo un regalo para usted.

Rápidamente saqué la revista y se la pasé con la contratapa de la formación del Santiago Morning.

—Tómela, es para usted —le dije cada vez más nervioso.

La miró, respiró, miró hacia el cielo y cuando dio vuelta su cabeza para mirarme, pude ver sus ojos llorosos y sus grandes manos de arquero que temblaban, cuando una lágrima rodó hasta caer sobre la revista. Sin decir nada me abrazó. Su abrazo duró casi un minuto, en total silencio, luego me soltó, tomó su vaso y se lo tomó al seco. Tomó la revista y caminó hacia la salida. Yo lo seguía con la mirada hasta que se dio vuelta y ya casi desde la calle me dijo:

—Yo soy el Negro Irala —y siguió su camino.

Luego de aquel día nunca más lo volví a ver. Yo iba al estadio con la intención de verlo nuevamente y conversar con él, quizás invitarlo a la casa y presentárselo a mi papá para hablar de tantas historias de fútbol que debía saber, pero no, nunca más apareció.

Nunca más en el estadio ni en la fuente de soda, nunca más supe nada del Negro Irala ni de la revista, quizás volvió a su anonimato, quizás volvió a su soledad, quizás volvió a sus recuerdos.

# Prisa

Sergio Zúñiga

Érase un hombre común y corriente que trabajaba en una oficina en el centro de Santiago y que, además, como una actividad personal, jugaba en el equipo de fútbol amateur de su barrio.

El sujeto estaba atrapado por el ritmo de la ciudad, siempre de prisa, y su trabajo no lo estaba haciendo bien. Incluso corría el riesgo de perder la pega. Todo lo hacía atarantadamente porque pensaba que mientras antes mejor.

En la casa no compartía con su familia. Siempre estaba ocupado, apurado. Y pasaba los días diciendo hagamos esto de prisa, no hay tiempo que perder, adelantemos trabajo.

El equipo de fútbol tenía serias posibilidades de alcanzar la final y si ganaban recibirían una buena suma de dinero, lo que

aumentaba su ansiedad. Y efectivamente llegó el gran día, el partido de sus sueños. Serían campeones y si anotaba un gol recibiría, además, un bono extra.

Preocupado llegó a la cancha cuando todavía no había nadie y cuando por fin llegaron todos los jugadores él apuraba al árbitro para que diera inicio luego al partido.

El primer tiempo terminó cero a cero y en el descanso él se dedicó a sermonear a sus compañeros.

86

Por diferencia de goles, al equipo no le servía el empate, tenían que ganar sí o sí o perder el título.

En el tiempo complementario el gol llegó en el minuto 89 cuando nuestro hombre en un salto milagroso metió la pelota en el arco contrario, anotando el gol del triunfo.

Sus problemas quedaban en el pasado, gloria y dinero.

Pero cuando estaba celebrando miró rápidamente hacia el borde de la cancha y vio al juez de línea con la banderola en alto. El árbitro anuló el gol por posición de adelanto.

# Pitazo final

Hernán Zúñiga

Sur de Chile. Mayo de 1960. Domingo. 14:30 horas, hermoso día otoñal con un agradable sol tibio y un prístino cielo azul. En esos momentos está por comenzar un partido oficial en la Cancha Municipal del pueblo, ubicada junto a la playa, donde se enfrentarán el equipo local versus el de la localidad costera vecina. Los jugadores de cada elenco se están cambiando de ropa, a la orilla de la cancha, para vestir los colores representativos de su bando. Cerca del campo de juego se han instalado algunas ramadas improvisadas donde se venden empanadas fritas, chicha de manzana, vino y cerveza. En una pampita colindante con el rústico estadio, un grupo de niños juegan su propia pichanga a pata pelá con una pelota de trapo. El ambiente es festivo y las arengas de los hinchas se confunden con las risotadas de los caseros y las vendedoras de las fondas. Muchos integrantes de las barras son jinetes ataviados con sus ponchos de lana, espuelas de metal oxidado y sombreros de ala corta. Los caballos, amarrados a las estacas, pastan mansamente

mientras sus amos se divierten en esta típica tarde deportiva dominical.

El árbitro llama a los capitanes de cada equipo, tira una moneda al aire, se define quién parte, la dirección en que atacará cada uno y se da el pitazo inicial. Una banda de bronces ameniza el ambiente.

15:00 horas, un fuerte temblor detiene el partido oficial y la improvisada pichanga de los cabros chicos. Después de los comentarios correspondientes se reinicia el partido y la pichanga. Se escuchan gritos de aliento, carcajadas y uno que otro insulto al señor árbitro. La banda de bronces sigue tocando sin descanso y los parroquianos están cada vez más contentos y dicharacheros y las chiquillas de las ramadas más risueñas y coquetas.

15:15 horas. Los caballos se muestran inquietos y tratan de zafarse de sus amarras, los perros que estaban comiendo las sobras del comistrajo aúllan y arrancan con la cola entre las piernas, las gallinas del vecindario cacarean y revolotean asustadas, los corderos balan, los chanchos gruñen y las vacas mugen inquietas. El reino animal está alborotado sin motivo aparente. De pronto empieza de nuevo a temblar, primero suavemente y luego cada vez con más fuerza, se escuchan tenebrosos ruidos subterráneos, los caballos rompen sus amarras y el resto de la fauna aumenta sus voces onomatopéyicas huyendo despavorida en distintas direcciones.



Los jugadores en medio de la cancha no pueden mantenerse de pie e intentan pararse inútilmente una y otra vez. Se escuchan rezos y lamentos, promesas de arrepentimiento, maldiciones y blasfemias, gritos histéricos, llantos desgarradores, en fin, una locura colectiva donde cada uno vive su propia tragedia. De pronto sobresale un grito desgarrador:

—Se sale la mar, se sale la mar...

15:30 horas: el partido terminó 0-0, las olas se llevaron todo a su paso, milagrosamente se salvaron los arcos de la cancha, y ahora todo descansa en paz. Nadie escuchó el pitazo final.



# **RELATOS DE ESCRITORES CHILENOS**



# Mi noche triste

Fernando Emmerich

Aquel verano todos hablaban del Campeonato Sudamericano, que se jugaba en Santiago. Descubrí la revista *Estadio*; vi en sus portadas a los grandes astros de Sudamérica, fui conociendo sus nombres, famas y figuras, y los colores de sus camisetas, la celeste uruguaya, la verdeamarilla de los brasileños... Y vi a los jugadores que representaban al deporte nacional mezclado con el patriotismo: Juanito Alcántara vistiendo la entonces blanca camiseta de Chile, los despejes del Huaso Florencia Barrera, las chilenas del Chico Vásquez, las vistosas atajadas del Sapo, colgándose de la pelota en el aire.

Los chilenos habían derrotado más o menos fácilmente a los colombianos y a los ecuatorianos, como todos esperaban, y luego vencieron 1-0 a los uruguayos y empataron a uno con los argentinos, con sendos goles del puntero izquierdo Desiderio Medina, los dos a los dos minutos del primer tiempo, tornando centros enviados desde la derecha, uno con una espectacular palomita, el otro metiendo justo la pierna izquierda, y se me grabó la figura del arquero

argentino Ricardo, vencido, quedándose pegado al piso, conteniendo el salto que habría resultado ya demasiado tardío, mirando entrar la pelota con sus ojos de gato agazapado sin poder hacer nada.

Se acercaba el último partido de Chile, decisivo, contra el Brasil. Si los chilenos ganaban alcanzarían el título de campeones, compartiéndolo con los argentinos, y justo ese día se nos descompuso la radio. La mandarnos arreglar, apresuradamente, pero el Negro Leiva nos dijo que de ninguna manera podría tenerla lista para esa noche. Yo estaba desconsolado. Roberto, al saberlo, me dijo:

—Lo puedes oír en la casa de mis tíos.

Roberto era un par de años mayor que nosotros. A veces nos trataba como a cabros chicos, compasivamente. Solíamos conversar (y discutir) con él sentados a la sombra de un aromo, frente al seco pastizal donde se levantó después la mansión de los Meneses, y que mientras tanto hervía de langostas, que aleteaban sobre los arbustos, y de lagartijas, que se deslizaban bajo los matorrales. Roberto había cumplido ya los 16, era un joven, y nosotros andábamos recién en los 13 o los 14. Yo cumpliría 14 a fines de marzo. Roberto venía todos los veranos de Santiago a pasar unos días con sus tíos, vecinos nuestros. El tío de Roberto era viajante. Un señor gordito, medio calvo, que solía partir y regresar periódicamente con una maleta. Su esposa era una

mujer más bien baja, de pelo castaño; parecía querer aumentar su estatura con un peinado crecedoramente alto y con los grandes tacos de corcho de un par de zapatos que se ataba con unos cordones en el empeine. No tenían hijos, y vivían en una casita entrando por un costado del chalé de dos pisos de los Adriazola, a quienes les arrendaban la casita. Esa noche Roberto ya no estaría, pues debía volver a Santiago, y tampoco estaría su tío, porque, como era viajante, andaba viajando. Estaría la tía sola.

—Te puedes ir a escuchar el partido a la casa de mis tíos —repitió protectoramente Roberto.

Esa tarde, antes de irse a Santiago, pasó por mi casa y me dijo que ningún problema, que su tía le había dicho que bueno, que fuera no más, con toda confianza, esa noche.

Fui. La señora me hizo pasar al dormitorio matrimonial, donde tenía la radio, sobre un velador, cerca de una de las dos camas, que se hallaban un poco separadas.

—Préndala usted mismo. Porque usted sabrá dónde quiere sintonizarla. Yo nunca escucho partidos; no entiendo nada de deportes —dijo, como si eso fuera motivo para pedir disculpas.

El partido comenzó, como estaba programado, a las 10 de la noche. Los partidos nunca se atrasan, empiezan siempre a la hora.

La señora entraba y salía de la pieza.

—¿Cómo van? —me preguntaba por preguntar— ¿Siguen igual?

Yo hasta ese momento no había visto nunca jugar un partido, y no conocía muy bien las reglas. Chile había conseguido ya un gol, anotado por el puntero derecho, Manuel Piñeiro, pero se lo habían anulado por una falta cometida por el jugador y debidamente penalizada. Me pregunté qué falta pudo haber cometido Manuel Piñeiro, y cómo sería sancionado además de anularle su gol, si no lo llevarían detenido los carabineros al terminar el encuentro.

En el segundo tiempo, ya eran más de las 11 de la noche, la señora, después de haber entrado y salido varias veces tanto al dormitorio como al baño y la cocina, se sentó frente a mí, pero en la cama más distante, y, mirándome, se descalzó para meterse vestida en la cama. Yo no tenía más remedio que verla —o cerrar ostentosamente los ojos o, más ostentosamente todavía, volverme—, pues ella me había puesto cerca de la radio, junto al velador, una silla colocada justamente hacia las camas. Metida bajo la colcha y la sábana de arriba, ella se fue desvistiendo. Se sacó primero el vestido, quedando en enaguas. Luego se sacó las enaguas para ponerse una camisa de dormir. Yo trataba de no mirarla. Ella me dijo:

—Perdóneme que me desvista en esta forma, pero como tenemos tan poca confianza, pues nos venimos conociendo recién...



Me pregunté qué querría decir. ¿Que si nos tuviéramos más confianza, si nos conociéramos mejor, ella se habría desvestido sin meterse debajo de la colcha?

Pero no seguí pensando en eso, porque se produjo el gol del Brasil, marcado por Heleno de Freitas, el centrodelantero que había salido en la portada de la revista *Estadio* luciendo su pinta de actor de cine, como había comentado mi tía Teresa (“en vez de salir en *Estadio* pudo aparecer en la tapa del *Écran*”). Chile no pudo empatar, y el partido terminó con el triunfo del Brasil por la cuenta mínima, y sentí la primera de las numerosas tristezas y frustraciones que sufriría durante mi vida debido a mi condición de chileno, causadas por derrotas deportivas, muchas ante los brasileños, precisamente. Al terminar el partido apagué la radio. Ya iban a ser las 12 de la noche. Le di las gracias a la señora.

—¿Se va? —preguntó. Luego: — ¡Qué pena! ¡Qué pena que perdimos!

Pero no parecía sentir mucho la derrota. Me miró fijamente. Y:

—Por favor, cierre bien la puerta —me pidió cuando yo iba saliendo.

Volví tristemente a mi casa, doliéndome la gran oportunidad que habíamos perdido esa noche frente al Brasil.



# La pena máxima

Luis López-Aliaga

Yamila Morales está triste. Esteban, su vecino, le ha dicho que ya no quiere seguir con ella. Yamila camina sola durante largo rato y luego se sienta a un costado de la cancha de polvo donde entrenan Las Panteras. La cancha es muy grande para tan pocas chicas. Solo ocupan la mitad más cercana a los focos del alumbrado público. Después de algunos ejercicios viene el juego. Les falta una para armar dos equipos de siete. Yamila acepta. La rabia y la pena la empujan a correr sin descanso. Es rápida. Y fuerte. La invitan a integrarse a Las Panteras. Juegan todos los fines de semana el Intercomunal organizado por la ANFA. Yamila se gana un puesto de titular. Aunque solo hay dos reservas y la entrenadora es también la defensa central. Y la capitana.

Yamila juega de lateral derecho. Lateral-volante, le explica la capitana. Sube y baja, defiende y ataca, durante todo el partido, incansable. A mitad de campeonato Yamila se entera de que Esteban está saliendo con una chica de otra villa. Sufre un bajón futbolístico. No se concentra, no regresa a defender

a tiempo, pierde balones fáciles. La dejan en la banca durante los siguientes dos partidos. Pero Yamila se sobrepone. Recupera el puesto justo antes de los cuartos de final. Y Las Panteras siguen avanzando. Juegan la final contra el 21 de Mayo de Puente Alto. En las tribunas está Esteban. Viene a ver a su novia. Ella es la arquera del 21 de Mayo. Solo tres goles en ocho partidos. El campeonato se decide a último minuto. Un penal dudoso que ninguna de Las Panteras se atreve a patear. La capitana dice estar acalambrada. Entonces Yamila toma la pelota, decidida. Se para frente a su rival, dispuesta a definir el campeonato. Esteban observa de pie, apoyado sobre una viga de madera, con una lata de cerveza en la mano.

# Los tres palos

Reinaldo Edmundo Marchant

Siempre esos partidos eran aburridos, como el clima de las tres de la tarde, viscoso, la atmósfera pegadiza y esa canícula brutal que ardía en la mollera. Alrededor serpenteaba una lentitud de espanto. Apenas unos atrevidos caminaban un trecho con una botellita de líquido adherida a la comisura. A esa hora jugaba el equipo de la Tercera División, dando inicio a la larga jornada de la tarde. Y había que sacrificarse frente al calor montaraz. En eso consiste la pasión, el fútbol vital. Llegaba buena cantidad de público que desafiaban a esa pesada gelatina sin ventilación y se perdían la siesta del domingo; había motivo para ir a la cancha. Jugaba el Pájaro, un arquero sensacional, ágil, un poco loco, de físico esmirriado, huesudo, con una chasca desmedida, caótica, que le raspaba los hombros y le daba un aire de Sansón en decadencia; con fama de imbatible, de acróbata de los tres palos, atajaba como quería, con una mano, levantando una pierna, usando la cabeza, bajándola de pecho, y hasta colgado sobre el travesaño.

El famoso guardavalla tenía una costumbre algo rara, que asomó siendo niño: apenas comenzaba el partido subía al travesaño de un brinco. De pie o sentado en la madera observaba el partido, a veces liando un cigarrillo, chupando una caluga o parado cuan largo era. Cuando el trámite del pleito invitaba a un festín de bostezos, daba órdenes, gritaba a todo pulmón con su voz ronca y reclamaba aplicación a sus compañeros. Naturalmente, lo hacía para que despertaran. También aplaudía las buenas jugadas y nunca dejaba de rezongarle al árbitro. Frente a una maniobra de real peligro en su área, se impulsaba como un resorte a la cancha y con un cálculo impresionante tapaba los disparos, evitaba goles, cortaba centros cabeceando la de cuero, o volaba desde esa altura para sacar con la mano los tiros a media altura. Alejado el riesgo, volvía a la altura de los palos con suprema naturalidad. De vez en vez, se distraía contemplando las vastas y lejanas geografías. Parecía un mono atajando pelotas, un librepensador o un ángel que añoraba regresar al lecho de los cielos.

La gente lo aplaudía a rabiar. ¡Los fanáticos vienen a disfrutar a esos pocos que rompen los esquemas y se salen de la abulia formal de las cosas!

La imagen de verlo meditabundo, sentado o caminando por la madera era de una belleza indescriptible. El escaso público reconocía con palmas su originalidad.

Los árbitros no sabían si era lícito que jugara encaramado en el travesaño. De modo que solo le pedían que no fuera a lastimarse. El Pájaro reía casi indolente. Se tenía fe. Confianza. Para él resultaba más seguro estar en el aire que pisando el suelo. Contaba que veía mejor los engaños, las burlas y las gambetas de los rivales, “y las injusticias de los ricos, por supuesto”, filosofaba. Entonces, si la situación lo requería, volaba para contener los avances. Era una costumbre que desarrolló desde la tierna infancia, cuando vivía más en las copas de los árboles, en los tejados de las casas, que en la quemante tierra; odiaba el dolor de las calles, la contaminación humana y el hedor insano que emanaban los basurales.

El récord de subir y bajar en un mismo cotejo lo realizó un domingo 1 de noviembre, se elevó y descendió 33 veces, similar al número de años de Jesucristo. “Nunca fui más feliz que aquella vez”, recordaba a menudo con luminosa nostalgia.

Naturalmente, en muchas ocasiones le encajaron sendas dianas desde treinta y cinco metros de distancia, que lo sorprendieron. Lo dejaron sin reacción. Eran los costos de la audacia. Empero, se había dado el lujo de atajar lanzamientos penales ubicado en el centro del travesaño, ¡arriba! Nadie, ni él siquiera, podía explicar cómo pudo llegar a esas pelotas golpeadas con bronca a 12 metros de la línea del pórtico.

En una oportunidad, un puntero vivaracho le mandó un potente tiro a media altura. El Pájaro, antes que sacara el disparo, intuyó la intención del jugador y en una décima de segundo ya estaba preparado: cuando vio que el balón transitaba velozmente por el firmamento, se colgó sujetando los pies en el madero y desvió el esférico balanceándose con la rapidez de un chimpancé. Hasta el árbitro celebró el invento.

En cambio, cuando el partido era aburrido en extremo, se recostaba a lo largo del travesaño, como si estuviera en la playa mirando la pletórica belleza de un mar en calma, sacaba desde las medias un cigarrillo —no podía estar sin fumar—, lo encendía y parecía feliz de la vida trepado en esa altura del arco. Un par de ocasiones permitió soberanamente que los rivales marcaran un gol para avivar la contienda y entretener a los fanáticos que lo venían a ver.

El Pájaro fue realmente un excelente golero. Podría haber jugado en Primera junto a las demás estrellas del Unión Milán: lo perjudicaba su peculiar estilo. Varios entrenadores le ofrecieron subirlo de categoría a cambio de “civilizar” su forma de jugar. No le interesaban este tipo de ofertas. Las desdeñaba.

—Si lo hago, muero como jugador y persona; yo así entiendo la vida... —explicaba.



A decir verdad, no le importaba en cuál equipo lo ponían, sino que le permitieran jugar donde más se sentía feliz y se divertiera: arriba del travesaño.

Alguna vez alguien le preguntó por qué atajaba de esa manera, y contestó que el puesto de arquero era una especie de desgracia, había que aliviarlo con algo de locura y de poesía, entonces se le ocurrió aquello de subir al palo, caminar y correr de memoria sin caerse, mientras el gentío gozaba de lo lindo y sus compañeros defendían la redonda en la mitad de la cancha. “Las grandes creaciones del mundo se han conquistado con un pie más arriba de la tierra”, solía decir en la sede del club. Pocos atendían sus palabras.

Para desdicha de él y de su hinchada, sobrevino una tarde negra.

Su equipo disputaba el tercer lugar en el campeonato. Era el último pleito del año. Y llegó demasiada gente. Incluso merodeaba la cancha un periodista de un diario popular que quería escribir una nota sobre el insólito guardavalla.

Los nervios traicionaron a sus compañeros y al entrenador. En el camarín le suplicaron que, ¡por única vez!, defendiera el arco abajo, a la manera tradicional.

—¡No puedo! —respondió el Pájaro—. Va contra mis principios... Además un periodista de un diario está preparando un reportaje sobre mi forma de jugar —remató.

No lo convencieron.

Y el partido empezó. Apenas pudo, voló ágilmente hasta el travesaño. Mientras peregrinaba por la madera, con las manos en la cintura, chascas al viento, un fotógrafo le sacó varias instantáneas. Parecía un pájaro de carne y hueso desafiando a la raza humana. Por primera vez el entrenador insistía a viva voz que descendiera de los palos. El Pájaro escuchaba la demanda, pero la ignoraba con evidente desdén.

Atajó un par de pelotas fáciles. Quiso la suerte que alcanzara a desviar de manera espectacular un balón que se colaba en el “rincón de las arañas”. Voló hasta el otro extremo para salvar su valla.

106 Aplausos endemoniados del público y nuevas peticiones del entrenador y de sus compañeros para que jugara a ras de piso. Volvió a ignorarlos.

Se cumplían casi 30 minutos del primer tiempo, cuando un delantero del equipo contrario sacó un disparo impresionante; él vio el movimiento del pie izquierdo, mas no pudo adivinar la trayectoria del balón, que se acercó haciendo cabriolas, un zigzag extraño, como que iba a un lugar y luego se desviaba, y acabó por golpear de forma violenta en pleno abdomen de El Pájaro, quien reaccionó tardíamente, embolsando el balón contra su estómago, afirmándolo seguro en los guantes; sin embargo, el impacto le hizo perder el equilibrio, sus pies se

enredaron y cayó desgraciadamente dentro de su arco. Gol. Lo tapizaron con garabatos de grueso calibre, recordándole las zonas nobles y reproductoras de sus más preciados familiares. Para colmo, el entrenador lo cambió...

—¡No te quiero ver más! —le gritó el técnico, ofuscado.

El Pájaro, avergonzado, cariacontecido, entristecido como jamás se le vio, dio media vuelta, sacó los guantes, los botó, y echó a caminar por la línea del ferrocarril. En el trayecto se detuvo para quitarse los zapatos, haciendo un nudo con los cordones y colgándolos, a la manera de un animal cazado, en el hombro. Iba llorando. Desapareció bajo esa tarde que recordaba a los difuntos del mundo. Lo último que se le vio fue la chasca flotando a medida que se perdía. Nunca más regresó. Se retiró del fútbol. La sombra de su cabello fue la única imagen que la gente recordaría muchos años más tarde, porque la otra imagen, aquella de verlo pendido en el travesaño, arriba de la tierra quemante, que evocaba a un sufriente cristo, esa había que haberla visto para contarla: ¡era de una belleza indescriptible...!



# El Mundial del 62

Sergio Mardones Labra

Días antes de que empezara el Mundial del 62 mi papá me llevó al estadio Braden y me enseñó mi asiento numerado. “Vamos por Millán hasta que llegamos al estadio. Entrás a la galería Rengo y buscas el número 960, que está en la quinta fila de asientos, al lado derecho del marcador”. Era una indicación fácil y, de hecho, al momento de ingresar al partido inaugural no me costó nada dar con la ubicación. Me pareció que los demás murmuraban llenos de admiración: “Mira, la edad que tiene ese niño y ya sabe llegar solo al estadio”. Lo intuía en ciertos gestos del público, pero ahora pienso que pesaba más mi fantasía.

En Rancagua jugaban Argentina y Bulgaria. A los 3 minutos Argentina metió un gol en el arco sur, el único que hubo en el partido, un disparo cruzado, y una pila de argentinos se puso a celebrar en las tribunas; no recuerdo nada más. A esa misma hora Chile debutaba en Santiago con Suiza y los pocos espectadores del estadio Braden estaban más preocupados de lo que sucedía en el Estadio Nacional

que del encuentro que veían con sus propios ojos. Cada vez que allá Chile hacía un gol, acá se escuchaba un griterío y los equipos se desconcentraban, pero seguían jugando. Todos los asientos habían sido cubiertos con cojines de maicillo y haciendo una gracia yo volví con seis cojines a la casa, “de recuerdo”. Mi mamá me esperaba en la puerta y gritó de alegría. Mi papá recién apareció en horas de la madrugada: los triunfos de la selección le sirvieron de excusa perfecta para farrear de lo lindo durante los 17 días que duró el Mundial.

La señorita Olaya, que era nuestra profesora de música, nos enseñó a los miembros del coro el himno nacional de Argentina y nos llevó a cantarlo a la Escuela 9, que guardaba el pabellón del país vecino. La Escuela 9 era la escuela de niñas y estaba al lado de la Escuela 1, de niños, donde yo estudiaba, mejor dicho donde iba a clases, ya que por esos tiempos aún no me había puesto responsable. Ambas escuelas públicas se habían construido hacía poco tiempo; al frente se levantaban los enormes muros de la cárcel, desde donde se había fugado el preso Cobián, dicen que acusado injustamente de asesinar al dueño del diario *El Rancagüino*, pero ese es otro tema. El hecho fue que días antes del Mundial en la Escuela 9 se organizó una modesta ceremonia de homenaje a la selección argentina, a la cual asistieron todas las estrellas del plantel. Al finalizar el

himno los jugadores se nos acercaron y el arquero Roma me dio la mano.

Mi papá, que siempre fue democrático y protector, había comprado dos abonos, que le costaron carísimos. La primera serie de boletos, para su uso, correspondía a los partidos del Estadio Nacional, donde jugaba Chile y donde se desarrollaría una semifinal y la final. El otro abono fue para la sede de Rancagua, que repartió entre el Lucho, el Julio y yo. Para el partido de cuartos de final entre Hungría y Checoslovaquia, que vimos los cuatro en Rancagua, compró entradas extras. Además hizo un canje con su vecino de asiento en Santiago. Cada uno sacrificaba dos partidos a cambio de poder asistir con un familiar a otros dos. Así el Vitorio (debut y despedida, por ser demasiado chico) pudo ver en Santiago a Italia versus Suiza. A mí me llevó a ver a Alemania contra Suiza.

Tenía 9 años y confieso que no vibré con el Mundial; los partidos no me quitaban el sueño. Para mí el Mundial fue más un magno evento deportivo, una obligación imperdible, la noticia del año, que una pasión. Mientras Chile enfrentaba a Brasil, disputa que le podía dar nada menos que el paso a la final, yo jugaba a las bolitas detrás del quiosco del tío Pablo. La final entre Brasil y Checoslovaquia me la perdí porque preferí ir a la matiné del cine Rex. En cambio mi mamá, que no entendía nada de

fútbol, acudió esa tarde soleada del 17 de junio a la Plaza de los Héroes, donde se instaló un televisor que transmitió a la masa de rancagüinos el triunfo de Brasil. La definición del tercer puesto la vi por televisión en una casa de la población Rubio que generosamente abrió sus puertas a los vecinos. El living se llenó de gente, habría unas 30 personas, y yo por ser niño me senté en el suelo, muy cerca de la pantalla. Para ver televisión en Rancagua en esos años había que conectarle al receptor una antena gigantesca que captara la señal emitida desde Santiago. De ese partido recuerdo unos monos que se desplazaban por la cancha en blanco y negro entre los miles de puntos de nieve titilantes que ensuciaban la pantalla. Aun así, al momento del gol de Eladio Rojas en el último minuto, Chile jugando prácticamente con ocho hombres, todos saltamos como locos en la habitación.

Para mí el Mundial se fue agigantando con el tiempo. ¡Ese partido con Rusia en Arica! Lev Yashin, la Araña Negra, desconcertado ante el zurdazo de Leonel. Y el tremendo taponazo de Eladio Rojas desde 30 metros, algunos dicen 35 y ya hay quienes hablan de 40. La noche de esa histórica victoria se me grabó a fuego una frase del Maestro Lucho, pronunciada en mi casa. “Ya estamos entre los cuatro primeros”, comentó eufórico el hermano de la tía Lila, que se ganaba la vida como carpintero. Todo se veía



movido. La gente corría de un sitio a otro de la casa. La frase del Maestro Lucho a la que aludo fue dicha en la cocina; me parece que la dijo de lado, pero al momento siguiente la cocina estaba vacía. Todas las luces se encontraban encendidas y de cualquier rincón irrumpían ecos de voces triunfales.

Luego de ese triunfo vino lo esperado, la profecía autocumplida. Habíamos volado demasiado lejos, llegamos a los pies del Olimpo y al levantar la cabeza vimos algo así como el Castillo de Kafka. No hay vacantes; laureles reservados hace cien años. La tragedia estaba escrita, solo había que representarla en el teatro griego a cielo abierto. Debía perderse con Brasil; se perdió con Brasil. Debía ganársele a Yugoslavia; se le ganó a Yugoslavia. Pero debía ganársele con heroísmo; se le ganó con heroísmo. Nunca en la vida hubo algo más perfecto para Chile; el tercer puesto encajó como pieza de un rompecabezas mitológico. Se juega el último minuto, Chile espera el espantoso alargue con tres hombres lesionados que hacen número en la cancha del Estadio Nacional, impresionante zapatazo de Eladio, Marcovic desvía la pelota, el arquero Soskic se retuerce y llega tarde, la pelota se anida en el fondo de la red y el estadio se levanta, se le hinchan las venas del cuello a Julio Martínez Prádanos, se inicia el paseo de Riera en andas, los jugadores dan la vuelta olímpica, la Plaza de Armas de Santiago aplaude por la noche a un

negro de Brasil montado en un caballo blanco, Brasil gana al otro día el título y en Praga los checos se levantan el lunes a mirar los diarios en los quioscos, se detienen en la foto de Mauro con la copa Jules Rimet y siguen caminando, no compran el diario, el Mundial se ha terminado.

Los archivos fílmicos que hasta hoy siguen sumándose en YouTube han creado una interpretación particular de ese momento de la historia. Para los más jóvenes el Mundial del 62 es un episodio de media hora en blanco y negro; sería inconcebible que aquello equivaliera a “nuestros días”, en que el mundo está normal, viste normal, camina corre y piensa normal. El pasado tiene algo de ridículo, aun en la forma de hablar de las personas. Supiera la gente cuán parecida es no lo creería. Dicen que los hombres prehistóricos sentían celos y que había dramas pasionales en la cueva de Altamira, no puede ser, si eran poco menos que animales.

# El hombre es un golazo de Dios

Erick Pohlhammer

“Los marcianos han llegado ya a jugar fútbol al Monumental.”

POETA JORGE RAGAL

Yo no creía en los marcianos. Ni siquiera cuando leí *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. Pero una noche entró un marciano por la ventana de mi pieza (no es chiste) y se sentó a los pies de mi cama, y me empezó a hablar de fútbol.

Sabía tanto de fútbol el marciano, que no tuve tiempo ni de preguntarle su nombre. Sabía él, que Fernando Riera había sido el deté de la Roja en el mundial del 62 “será una fiesta universal/ del deporte del balón”, ubicaba hasta a Germán Casas, cantó canciones de los Ramblers, hasta me habló del enfoque taoísta de Riera del fútbol, ese del “toque-toque-toque: el gol sale solo” que le carga al gran Eduardo Bonvalet, pero es la clave del éxito del Barcelona, que deja lona a sus rivales al sumarle, a este viejo esquema exitoso, afluencia y velocidad.

La carucha verdosa del marciano resplandeció un instante bajo el efecto radiante luz de la luna lechosa: un ojo glauco; el otro, cerúleo. Muy bellos: achinaditos. Como los del Chino Lihn. Debido a que no sentí miedo ni lo discriminé (por ser marciano) (y de Marte) (los contactados dicen que son más bellos los venusianos), y me encantaba escucharlo hablar de fútbol, se le soltó, aún más, la lengua y tipín dos de la mañana, se fue “en volá”, como diría la Pati, y empezó a darme las formaciones de la U de los 60, San Luis de Quillota de los 70, el Colo de los 80, Unión la Calera de los 90, Palestino del 2000, y hasta del actual Temuco de Marcelo Salas que, según él, tiene alas, no solo en los talones de los pies, sino en su inmortal alma astral universal.

Me cayó bien el marciano. Buena onda. De repente quise hablarle de cine, y me dijo:

—Qué más películas quieres que tus propias películas mentales y la película incesante de la vida cotidiana, y si quieres películas de acción, te llevo en mi nave espacial y viajamos “por el tiempo ilusorio” a la guerra de Vietnam.

Pensé: el fútbol lo apasiona más. Entonces, y para sorprenderlo, le dije —parejito, de corrido—, la formación del Lazio de los tiempos de oro de Marcelo Salas. Y se la dije —parejito y de corrido—: Marchegiani, Negro, Nesta, Mihajlovic, Pancaro,

Sensini, Simeone, Ravanelli, Stankovic, Verón, Nevedev, Salas.

Se puso de pie, a lo Pedro Carcuro, y aplaudió.

—Bravo, bravo —dijo—. El que cultiva la memoria construye un palacio en su conciencia, hecho de imágenes y dulzura —y se puso a hacer dibujitos con una pelota imaginaria imitando a la Bruja Verón, en el círculo central del piso de tablas de mi pieza luminosa.

—A ver, ¿en qué equipo jugó Iván Zamorano, cuando Marcelo Salas Jugaba por Lazio?

No vaciló:

—Por el Inter, junto a Di Baggio, Peruzi y Seedorf, corría el año 2000.

—Ya estamos en 2013. El tiempo vuela —le dije.

—No, son ustedes, los terrestres, los que vuelan, de planeta en planeta, encarnación tras encarnación, de galaxia en galaxia, son muy afortunados; en cambio nosotros, los marcianos, estamos encadenados a Marte, como la pelota a la red o el banderín del córner a un ángulo recto, de 90 grados.

“Pelota en la red, pelota en la red: mató-mató-mató”, canté, e ipso facto nombró a Ernesto Díaz Correa. ¿Cómo podrá un marciano oír a un relator de fútbol? ¿Tendrán radios a pila? Una pila de preguntas se apiló en mi cabeza. Me puse las pilas y le pregunté por los tres mejores arqueros chilenos de todos los tiempos.

Dijo que el mejor arquero de Chile había sido Cándor Rojas, seguido de Osbén y Sapó Livingstone; encontraba fuera de serie a Gonzalo Dalsasso de Everton y a Felipe Núñez de Palestino.

Luego me dio una cátedra de fútbol, la que resumo al máximo: manifestó que Chita Cruz fue mejor que Chumpitaz; expresó que Rosenthal fue el Romario del Pacífico, y se fue al Glasgow de Escocia demasiado temprano; alabó el fútbol sinfónico de Bielsa; destacó al ingeniero Pellegrini; criticó al Fantasma Figueroa por enojón; soslayó los errores de Beckenbauer (pasaba de Chile a Alemania como si nada. Los marcianos son cuánticos: saltan del punto A al punto C sin pasar por el punto B, como la poesía astral del poeta Ragal); fustigó las falencias defensivas; puso entre paréntesis la idea de que “no hay mejor defensa que un buen ataque”; valoró el fútbol italiano, pero discrepó con dejar todo al contraataque: no en vano el Imperio Romano cayó por esquemas demasiado defensivos: se abstuvo de opinar de la frase de Valdano “El fútbol es un juego que consiste en cerrar y abrir espacios”. Le exigí al menos una sola razón. Esto dijo:

—Y qué pasa si un equipo sale a la cancha decidido a defenderse SIN EL MENOR INTERÉS EN ABRIR LA DEFENSA RIVAL. Le basta el cero a cero. ¿Deja de jugar al fútbol por eso?

Allí me dejó marcando ocupado. Allí me cayó la teja —recién— que era hiper lúcido. Más inteligente al menos que Valdano, que es muy pero muy inteligente.

Tras cartón, evocó a Elías Figueroa: “de Ca-lera, siendo una caña de bambú, pasó a Santiago Wanderers, y en Wanderers se convirtió en un ro-ble enorme; todo quien pasa por Wanders (así dijo: Wanders), como Moisés Villarroel, o Juan Olivares, el Gordon Banks del equipo caturro, y tantos otros, será futura estrella cristalizada.

Y dele con Wanderito. Y Valparaíso: uno de los cinco puertos más mágicos del mundo. Los conocía todos. Incluido el Puerto de Palos, de donde zarpó Colón a descubrir América en 1492.

Y ahí, sentadito, muy cómodo, a los pies de mi cama, recordó ese año cuando Jorge el Peineta Gar-cés, tiró parriiiba a Wanderiito. Así dijo: Wanderi-ito: alargando la letra “i” tres veces.

Y yo cachúo, como dice la Pati, qué onda, socio, tanto con Wanderers, y ¡¡¡otra vez!!!, como si fuese ventrílocuo, del colosal relator Nicanor Molinare de la Plaza, —parejito y de corrido— nombró, uno por uno, a la verdosa oncena porteña, como sus propias mejillas verdosas: Toro, Garrido, González, Robles, Villarroel, Neveu, Vergano, Pérez, Vega (Marcelo Vega) Otta, Soyo y Navia ¿El Choro Navia? Sí, el mismísimo... Choro... Navia...

A esta altura de mi relato quiero decir que la semana pasada en El Monte, a 15 kilómetros de la noble ciudad de La Calera, según el diario *El Mercurio de Valparaíso*, murió de un infarto de miocardio una anciana al “entrar por la ventana de su pieza un ser no identificado y sentarse a los pies de su cama”. Alcanzó a llamar —por celular— a su única hermana, a la ciudad de Limache.

Eso había leído yo, en *El Mercurio de Valparaíso*, la semana pasada.

Pensar en eso me puso estúpido. Al estúpido ponerme, se me vino la noche encima: quizá este enano verde no sea tan inocente. Eso pensé. Pero no, era mi propia mente: me estaba sugestionando. ¡Qué culpa tenía él, quizá el ser traslúcido más angélico del universo entero, de mi falaz ignorancia humana; de mi total “falta de conciencia cósmica”, como diría Stephen Hawkins de nosotros.

Estuve al borde de meterme un autogol.

Nuestra mentecita “loca” nos mete “autogoles” estúpidos impresionantes.

Seguro leyó mi mente. (Son telepáticos.) Y plim plim plim, más veloz que una finta de Garrincha, zarpó, a la noche inmensa, en su fúlgida y melódica nave espacial.

Se fue por un “pliegue” de la antimateria cósmica.

Solo alcancé a... VER —con nitidez— (Matta) una vistosa insignia de Santiago Wanderers, con sus



tres estrellas —1958, 1968, 2001—, dibujadas de manera prolija y exquisita, a un costado tornasol de su pequeña nave holográfica, parecida los autos “huevitos” de los 60, y me puse a llorar de emoción.

Cuando dejé de llorar, dirigí la vista hacia mi almohada, y sobre ella, el visitante cuántico había dejado escrito, sobre la funda blanca, a modo de graffiti con tinta verdosa, como de tinta instantánea, esta frase: “El hombre es un golazo de Dios”.

Cuando se fue en el Ovni, caché, por la insignia, que era de Wanderito.



# Los gigantes de Talca

Luis Urrutia O'Neil (Chomsky)

Una de las gratificaciones de la profesión de periodista es que le permite a uno conocer a personas a las que ha admirado en una cancha de fútbol. En 1988 reuní para la revista *Triunfo* a los gigantes de Talca, los arqueros argentinos nacionalizados de Rangers, Walter Behrends y Arturo Rodenak. En 1998 volví a entrevistarlos juntos, ahora para la revista *Don Balón*.

En esos años los hinchas bromeaban que Rangers compraba los arqueros por metros... “Por nuestra estatura, nos saludamos desde dos cuabras de distancia y por el tamaño de los manos en lugar de guantes podríamos haber usado guateros”, sonreían.

Contando únicamente los partidos oficiales, el Flaco Behrends defendió a Rangers en 169 oportunidades; Palitroque Rodenak, en 93 y lo dirigió como entrenador 138 veces.

Behrends llegó a Talca en 1953 y cuatro años después recomendó a Rodenak, “mi compañero en Gimnasia y Esgrima de La Plata. Con él asistíamos dos o tres veces por semana a las milongas y así hicimos la amistad”.

En 1957, Rangers debía varios meses de sueldo a sus jugadores y “por esas cosas de los dirigentes” se determinó que solamente los que salieran a la cancha recibirían dinero. Entonces, los compadres se turnaron para acusar lesiones inexistentes: “El campeonato tenía 26 fechas y cada uno actuó en 13”.

Sin darnos cuenta, se cayó en el tema de la edad. “Tenemos la misma edad y somos del mismo barrio”, anunció Behrends, quien enseñó espontáneamente su cédula de identidad donde rezaba: Walter Carlos Behrends Danovara, nacido el 24 de septiembre de 1929.

Rodenak exclamó: “Él se tiró al agua solo. Yo soy menor dos años” y sacó su documentación: Arturo Emilio Rodenak Karaba. Fecha de nacimiento: 13 de abril de 1931.

—¡Qué venís a lesear! —lo insultó Behrends—. Tenés los papeles arreglados, si vos sos de octubre y te llevo 20 días... ¿Qué tontería es esa de que naciste en abril? .

—¿Le crees a la libreta de enrolamiento (servicio militar)? —se defendió Rodenak—. Te la muestro en mi casa.

Luego, relajado, Rodenak confesó:

—Cuando jugué en Bolivia, en el Oriente Petrolero de Cochabamba, cierta vez se me acercó el presidente del club con una revista en la mano y me preguntó: “¿A qué edad debutó usted en Primera

División?” Le respondí que a los 16 años. El presi continuó: “Eso entendía yo, pero aquí en *Mundo Deportivo* aparece el pibe Rodenak; según la fecha y la edad que usted dice, tendría que haber debutado a los 6 años... ¿Qué vamos a hacer?” Yo le pedí: ¡Regáleme la revista! .

En agosto de 1960, Behrends se lesionó en un partido con Colo Colo en Talca. Como en esa época no se permitían los cambios, un compañero se puso al arco y el Flaco se fue de puntero derecho. Y así le convirtió un gol de cabeza a los albos.

Otra de Rodenak: “Yo jugaba en Audax Italiano y el Chico Orlando Villegas, de Ferrobadminton, arrancó en contragolpe en el estadio Santa Laura, pero llegué primero. Cuando tenía la pelota en las manos, a la pasada me tocó el trasero... Rechacé el balón con el pie, todo el mundo, incluido el árbitro y los guardalíneas, se quedó mirando la pelota, y con el revés de la mano le pegué en el tabique nasal. Resultó fracturado. No había camilla y con el rostro bañado en sangre lo sacaron en unos sacos papeeros... Un diario tituló: ‘Matonaje en el fútbol. Un grandote golpeó a un chico’ (mayo de 1964). En el Tribunal de Penas me dieron dos fechas de castigo y una multa del 15 por ciento del sueldo. A los integrantes les sugerí: Che, ¿no pueden ponerle que fue un accidente de trabajo? Años después nos encontramos y Villegas me abrazó, dijo que yo lo había hecho famoso”.

Otra de Palitroque: “Luego del 5-0 al Ballet Azul en el Estadio Nacional (agosto de 1963), una multitud nos esperaba en la estación de trenes de Talca. Levantaban a los jugadores y los llevaban hasta la plaza. Para evitar eso, salté un muro de metro y medio, pero al otro lado había dos metros de profundidad. Me saqué la mugrienta, me hice una herida en la ceja izquierda, en la cabeza y quedé todo magullado. Tengo más huesos quebrados que un dinosaurio de museo...”

—Ya sé —intervino Behrends que no se había rendido—. Cambiaste la foto de tu hermano, él es de 1931.

Uno de los chascarros inolvidables de Rodenak tenía que ver con Honorino Landa, de Unión Española: “Una vez en el estadio Santa Laura, el Nino me quitó la gorra, la escondió bajo la camiseta y tuve que correr para quitársela mientras el público se mataba de la risa. El árbitro era Mario Gasc. En otra ocasión, hizo lo mismo en el estadio Fiscal de Talca, lo perseguí hasta la mitad de la cancha y cuando lo alcancé, delante del juez Domingo Santos me preguntó: ‘¿Cuál jockey?’. Se lo sacó de entre el pantalón y me dijo: ‘Te lo regalo’. En 1987 viajé a Santiago a los funerales del Nino Landa y Alberto Fouilloux me gritó: ‘¿Viniste a buscar la gorra?’ Tiene humor negro el Tito, ¿eh?”

El lunes 24 de septiembre de 2012 me llamó por teléfono Arturo Rodenak, desde Talca. Me agradeció

dos veces —antes ya lo había hecho— una nota que le hice en mayo pasado. Le señalé a mi pareja: “¡Se está despidiendo!” Lo mismo le dije ese día al colega Juan Cristóbal Guarello. La noche del miércoles 26 de septiembre el profesor Juan Carlos Guzmán, un amigo talquino, me informó de la muerte de Palitroque...

Los dos gigantes chacoteaban con la edad y la sonrisa los asemejaba. Quizá la diferencia fue que en tanto Walter tomó el fútbol en serio y la vida en broma, Arturo tomó el fútbol como espectáculo y la vida en serio... No es frecuente que dos personas tengan tantas cosas en común: nacieron en Argentina, en La Plata, vivían en el mismo barrio, fueron arqueros, jugaron en Gimnasia y Esgrima de La Plata, vinieron a Chile, defendieron a Rangers, medían 1,91 metro, pesaban 90 kilos, calzaban 45, se nacionalizaron (Behrends en 1958, Rodenak en 1962), se radicaron en Talca, sufrieron diabetes, les amputaron la pierna izquierda, murieron en Talca (Behrends en 2005, Rodenak en 2012) y están sepultados en el mismo cementerio, pese a que la ciudad tiene tres.





# Autores

## GANADORES

**Marco Montenegro Muñoz**, lector público y músico, 45 años, Ñuñoa.

**Jorge Alejandro Bolbarán Celedón**, contador auditor, 35 años, Valparaíso.

**Óscar Llantén Castillo**, teniente de Carabineros de Chile y periodista, 36 años, Ñuñoa.

129

## MENCIONES HONROSAS

**Esteban Abarzúa**, periodista, 42 años, La Florida.

**Hernán Felipe Godoy Rojas**, estudiante de diseño, 23 años, Copiapó.

**Eduardo Mancilla**, estudiante, 24 años, Temuco.

**Raúl Molina Rivera**, administrativo de abastecimiento, 38 años, Rancagua.

**Francisco Olgún Orellana**, encargado de mantención en un colegio, 34 años, Quilpué.

**Carlos Humberto Rozas Pérez**, profesor, 25 años, San Joaquín.

**Gonzalo Serrano del Pozo**, profesor, 36 años, Concón.

**Fernando Torres Gutiérrez**, profesor de inglés, 38 años, Quinta Normal.

**José Luis Villegas Agüero**, asistente social, 34 años, Puerto Montt.

**Sergio Zúñiga**, comunicador social, 31 años, San Miguel.

**Hernán Zúñiga**, jubilado de la Marina Mercante y patrón de nave menor, 71 años, Valdivia.

#### RELATOS DE ESCRITORES CHILENOS

**Fernando Emmerich**, narrador y ensayista, 81 años, Ñuñoa.

**Luis López-Aliaga**, escritor y guionista, 45 años, Ñuñoa.

**Reinaldo Edmundo Marchant**, escritor, 55 años, San Miguel.

**Sergio Mardones Labra**, periodista, 60 años, Ñuñoa.

**Erick Pohlhammer**, poeta, 58 años, La Reina.

**Luis Urrutia O'Neil (Chomsky)**, periodista, profesor universitario y escritor, 61 años, Santiago Centro.



PUBLICACIONES CULTURA es una serie de proyectos editoriales sin fines de lucro del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes que tiene por objeto difundir contenidos, programas y proyectos relacionados con la misión de la institución.

Cuenta con un sistema de distribución que permite poner las publicaciones a disposición del público general, de preferencia utiliza tipografías de origen nacional y se imprime bajo el sello PEFC, que garantiza la utilización de papel proveniente de bosques de manejo sustentable y fuentes controladas.

**Roberto Ampuero**

Ministro Presidente del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

**Carlos Lobos Mosqueira**

Subdirector Nacional

**Magdalena Aninat Sahli**

Directora de Contenidos y Proyectos

**Miguel Ángel Viejo Viejo**

Editor y productor editorial

**Aldo Guajardo Salinas**

Editor y productor editorial

**Soledad Poirot Oliva**

Directora de Arte

**Martín Lecaros Palumbo**

Diseñador







Un partido de fútbol durante el terremoto de 1960 en el que nadie escuchó el pitazo final, un ardiente campeonato de la segunda serie del fútbol isleño en Chiloé, el decisivo partido en el Estadio Nacional entre Chile y Argentina para las clasificatorias al Mundial de Sudáfrica 2010, un antiguo ídolo de Santiago Morning olvidado en la ciudad de Constitución. Este libro reúne 20 cuentos y crónicas que recorren el país desentrañando sus diversas historias desde diferentes rincones y perspectivas, siempre con el fútbol como tema central.

Los textos ganadores y las menciones honorosas del primer concurso de cuentos y anécdotas para la hinchada, El Fútbol También Se Lee, organizado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, y realizado a través del Plan Nacional de Fomento de la Lectura Lee Chile Lee, se presentan en esta publicación, incluyendo seis relatos de los jurados del certamen, abriendo los nuevos horizontes para convocar a más personas a adentrarse al mundo de la lectura.



Publicaciones  
Cultura

ISBN: 978-956-352-057-6  
9 789563 520576